

# RELACIONES MÉXICO-ESTADOS UNIDOS. ARQUITECTURA Y MONTAJE DE LAS PAUTAS DE LA GUERRA FRÍA, 1945-1964

LORENZO MEYER

## IDEAS GENERALES

A LA LARGA, LA DIFERENCIA EN LOS ELEMENTOS de poder entre los actores del sistema internacional acaba por determinar los resultados de su interacción, pero no siempre. Son numerosos los ejemplos de coyunturas donde el actor objetivamente más débil puede acumular recursos y maniobrar de tal manera que el más fuerte pero con una agenda complicada que le obliga dispersar su poder en varias arenas, termina por aceptar un resultado que no corresponde a la asimetría de poder entre las partes. Las relaciones de México con su vecino del norte ofrecen varios ejemplos de lo anterior. El más notable fue la forma como el gobierno de Venustiano Carranza, en el segundo decenio del siglo xx, y en una etapa en que el Estado mexicano casi había dejado de existir como resultado de la guerra civil, pudo, no obstante, sostener la esencia de sus posiciones frente al proyecto que el gobierno de Woodrow Wilson tenía en relación a México.<sup>1</sup> Desde luego, el resultado del choque entre México y los gobiernos norteamericano y británico a raíz de la expropiación de la industria petrolera en 1938, es otro ejemplo clásico de un país débil que, en una coyuntura favorable, maniobra de una manera tal que termina por imponer su interés nacional por sobre el de las grandes potencias.<sup>2</sup>

La ideología es un elemento que, a veces, juega un papel importante en las percepciones que un actor internacional tiene en torno a sus intereses y los posibles motivos y acciones de aliados, adversarios o neutrales en la arena internacional. Las grandes potencias contemporáneas cuentan

<sup>1</sup> Para ahondar en este ejemplo, puede verse Berta Ulloa, *La revolución intervenida: relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, 1910-1914*, México, El Colegio de México, 1971.

<sup>2</sup> Lorenzo Meyer, *Las raíces del nacionalismo petrolero en México*, México, Océano, 2009.

con servicios para recabar e interpretar la información de los otros, lo que les da ventaja sobre ellos. Sin embargo, el filtro ideológico puede distorsionar en exceso la realidad sobre la que se tiene que actuar y esa distorsión se convierte en un elemento que puede impedir la aplicación eficaz de los instrumentos de poder. En el caso que se examina en este artículo, la Guerra Fría llevó al gobierno de Washington a llegar a interpretaciones no muy exactas de algunos procesos políticos mexicanos; esas distorsiones en la interpretación de los datos tuvieron efectos prácticos en las relaciones entre los gobiernos de México y Estados Unidos.

Una tercera consideración general de lo que aquí se estudia, es el carácter relativo de la soberanía. La influencia que ejercen las grandes potencias sobre los procesos internos de los países que están dentro de su zona de influencia pone límites a su capacidad de autodeterminación. En el caso específico del México contemporáneo, la explicación fundamental de la naturaleza de su desarrollo político se debe buscar básicamente en sus procesos internos. Sin embargo, teniendo a su lado a una superpotencia, la vecindad se convierte en una variable que puede explicar ciertos desarrollos internos.<sup>3</sup>

## INTRODUCCIÓN

La vecindad combinada con la diferencia creciente en la eficacia de sus respectivos sistemas de gobierno y las disparidades en sus economías, demografía y en la fuerza militar entre México y Estados Unidos, llevaron a que muy pronto en el siglo XIX la posición mexicana frente a su vecino del norte se consolidara como básicamente defensiva y se convirtiera en el elemento central de su política exterior. Desde la violenta separación de Texas de México en 1836, el “factor norteamericano” ha funcionado como el eje de la política externa mexicana y, justamente por eso, ha sido una influencia constante aunque a veces indirecta, en el proceso político interno.

La disparidad original de poder entre México y Estados Unidos no ha hecho sino crecer, al punto que hoy tiene pocos paralelos en otras relaciones de contigüidad. Sin embargo, esa asimetría de poder no ha significado que siempre las dirigencias mexicanas hayan terminado por cumplir con las exigencias de Washington. A veces la resistencia mexicana ha sido clara, en otras ambigua y en ocasiones de plano ha estado ausente; a veces ha

<sup>3</sup> El estudio clásico en torno a las limitantes de la soberanía en el caso del México postrevolucionario es el de Mario Ojeda, *Alcances y límites de la política exterior de México*, 2ª ed., México, El Colegio de México, 2001.

fallado pero otras ha sido más o menos exitosa. Como sea, esa relación es la esencia de la historia de la política exterior mexicana y parte importante de su historia general.

La Guerra Fría, que por casi medio siglo libraron Estados Unidos y la Unión Soviética en la segunda mitad del siglo xx, sólo se convirtió en caliente en las zonas periféricas.<sup>4</sup> En el caso de México, los efectos de ese magno choque nunca fueron directos, pero eso no evitó que sus reverberaciones se sintieran y a veces dejaron marca. Entre esos efectos locales del conflicto global, destaca el haber justificado y legitimado al sistema autoritario mexicano en el exterior y, por tanto, contribuir a su legitimidad interna. Y es que una vez que quedó claro en la segunda mitad de los años cuarenta que el proceso político mexicano no volvería a correr por la izquierda, la permanencia del régimen del PRI aseguró a Estados Unidos el contar con un régimen sin ligas sustantivas con el bloque comunista y que, además, garantizaba estabilidad a lo largo de los 3 152 km de su frontera sur. Sin embargo, para sostenerse, el autoritarismo priísta, heredero del nacionalismo revolucionario, no podía permitirse una identificación incondicional con los intereses norteamericanos; tenía necesidad de mostrar una independencia relativa para que el nacionalismo siguiera generando la legitimidad que la ausencia de democracia no forjaba. Fue por ello que entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y mediados de los años sesenta existió una cierta tensión entre el anticomunismo militante e intervencionista de Estados Unidos en su zona de influencia y el interés del régimen mexicano por mantener y hacer visible un cierto grado de autodeterminación frente al poder hegemónico.

Entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la conclusión del gobierno de Adolfo López Mateos, la relación política entre Washington y la Ciudad de México se vivió como un estira y afloja que finalmente condujo a la conformación y aceptación de las reglas de un acuerdo no escrito pero que ambas capitales conocían. Mario Ojeda las resumió de esta manera: Estados Unidos, para sostener la legitimidad de su régimen, toleraría la disidencia mexicana en temas importantes pero no vitales para Washington; por su parte, México no confrontaría a Estados Unidos en temas considerados vitales para el interés nacional norteamericano.<sup>5</sup> El proceso que llevó a este

<sup>4</sup> “El término ‘Guerra Fría’ se refiere al estado de tensión, hostilidad, competencia y conflicto que caracterizó la relación de Occidente con la Unión Soviética y, más específicamente, las relaciones soviético-norteamericanas durante un buen tiempo del periodo de la postguerra.” Ann Lane, “Introduction: The Cold War as History”, en Lane y Klaus Larres (eds.), *The Cold War: The Essential Readings*, Malden, Mass., Blackwell, 2001, p. 1.

<sup>5</sup> La naturaleza de la fórmula para combinar la independencia relativa del gobierno mexicano con su complicado acomodo a los requerimientos norteamericanos después de

entendimiento informal pero generalmente observado, es el eje de este estudio.

#### EL PUNTO DE PARTIDA: 1945 O LA “PEQUEÑA Y ESPLÉNDIDA GUERRA”

Para México, especialmente para su gobierno y clases dirigentes, 1945 fue un buen año. El país había quedado del lado de los vencedores de la guerra más cruenta librada hasta entonces y el costo había sido muy pequeño, casi inexistente. Por otra parte, la relación de México con su poderoso vecino parecía ir por el mejor de los caminos posibles. Problemas entre ambos países los había, pero en comparación con el pasado, eran secundarios y, sobre todo, manejables.

Oficialmente, la Segunda Guerra Mundial le costó al ejército mexicano la vida de sólo cinco pilotos que murieron en combate en el Pacífico, tres que perecieron en su entrenamiento y dos más que iban a ser reemplazos.<sup>6</sup> En ese sentido, y sólo en ese sentido, el brutal conflicto donde perdieron la vida entre 62 millones y 78 millones de personas en el mundo, puede ser calificado desde la perspectiva mexicana de la manera como lo fue, desde la norteamericana, la guerra hispano-americana de 1898: una “*splendid little war*”.<sup>7</sup>

Formalmente, México había entrado en guerra tras el hundimiento de varios de sus buques petroleros por submarinos alemanes, pero la única presencia formal del ejército mexicano en los teatros de guerra consistió en un escuadrón de caza –el 201– que apenas si tuvo oportunidad de operar entre junio y agosto de 1945. Sin embargo, entre 15 000 y 30 000 ciudadanos mexicanos fueron reclutados en el ejército norteamericano y posiblemente entre 250 000 y medio millón de mexicano-americanos también sirvieron en ese ejército mientras duró el conflicto.<sup>8</sup> En noviembre de 1945, el presidente norteamericano, Harry S. Truman, que había asumido el poder como consecuencia de la muerte de Franklin D. Roosevelt, felicitó

---

la Segunda Guerra Mundial y hasta el fin del siglo xx, se encuentra analizada en Ojeda, *op. cit.*

<sup>6</sup> Alfonso Cuéllar Ponce de León, *¿Qué fue y qué es el Escuadrón 201?*, México, ISSSTE, 1995.

<sup>7</sup> La caracterización de la guerra hispano-americana la hizo John Milton Hay –embajador norteamericano en Londres y quien poco después sería secretario de Estado y negociador del Tratado entre Estados Unidos y España, que pondría fin al conflicto–, en una carta a Teodoro Roosevelt del 27 de julio de 1898; citada en Hugh Thomas, *Cuba or the Pursuit of Freedom*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1971, p. 404.

<sup>8</sup> Enrique Plasencia, “Las infanterías invisibles: mexicanos en la Segunda Guerra Mundial”, *Historia Mexicana*, vol. 52, núm. 4, abril-junio de 2003, pp. 1031-1035.

oficialmente al presidente mexicano por “la espléndida conducta” de sus soldados.<sup>9</sup>

En un sentido amplio, la contribución mexicana al esfuerzo bélico aliado debe de incluir también el acuerdo comercial de 1940 que facilitó la exportación de materias primas estratégicas a Estados Unidos, así como a los trabajadores “braceros” que por millares –dentro o fuera de los términos del acuerdo de 1942– fueron a sustituir a los norteamericanos reclutados en el ejército en tareas agrícolas, en el tendido y mantenimiento de vías férreas y en otras actividades similares.<sup>10</sup> Nunca antes México había tenido una relación tan compleja y positiva con Washington.

El fin de la guerra significó un cambio en la naturaleza de la excepcional colaboración México-Estados Unidos, pero el gobierno mexicano quiso suponer que la naturaleza de su relación con su cada vez más poderoso vecino podía seguir siendo igual de positiva. La clase dirigente mexicana supuso que el espíritu de la “Buena Vecindad” podría perdurar más allá de la muerte de su arquitecto, el presidente Roosevelt.<sup>11</sup> Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que las autoridades mexicanas se dieran cuenta de que en el tablero mundial Estados Unidos estaba empezando a jugar con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS); de que Latinoamérica era un área de poco interés para Washington y que para éste ya no había incentivo para mantener el nivel de cooperación del pasado inmediato.

## EL NUEVO CHOQUE DE LAS POTENCIAS MUNDIALES

El proyecto de dar permanencia a la gran alianza triunfante contra el Eje por la vía de una nueva organización mundial, las Naciones Unidas (ONU), que sirviera de gran foro para arreglar las controversias internacionales de manera pacífica, justa y constructiva, fue una reacción lógica a la colosal carnicería y destrucción que el mundo acaba de experimentar. El cumplimiento cabal del ambicioso objetivo de la ONU dependía de un imposible: que las grandes potencias vencedoras mantuvieran supeditadas sus diferencias de intereses nacionales al espíritu de cooperación nacido de la necesidad

<sup>9</sup> Departamento de Estado, *Foreign Relations of the United States, 1945, The American Republics*, vol. IX, Washington, D. C., Department of State, 1969 (de aquí en adelante FRUS), p. 1129.

<sup>10</sup> Según las cifras mexicanas, durante la guerra fueron contratados 302 775 braceros mexicanos, pero las norteamericanas sólo registran 167 955. Manuel García y Griego, “The Bracero Policy Experiment: US-Mexican Responses to Mexican Labor Migration, 1942-1955”, tesis doctoral, Los Angeles, University of California, 1988, p. 87.

<sup>11</sup> Véase el discurso del embajador mexicano, Antonio Espinosa de los Monteros al presentar al presidente Truman, en Washington, sus cartas credenciales el 7 de noviembre de 1945.

de vencer al enemigo común: a la Alemania nacionalsocialista y al Japón expansionista. En realidad, cuando se firmó en San Francisco la carta de la ONU, las semillas del próximo conflicto mundial ya empezaban a germinar.

No hay acuerdo entre los estudiosos sobre cuándo y cómo se inició lo que a partir de 1947 se conocería como Guerra Fría.<sup>12</sup> Sin embargo, aún antes del fin de la guerra anterior, los que serían los vencedores de Alemania y Japón ya eran portaestandartes de dos sistemas políticos y económicos que se definirían como incompatibles en el largo plazo: el capitalismo y el socialismo.

En 1945 Estados Unidos era la única potencia nuclear pero muy pronto, en 1949, la URSS detonó su propia bomba atómica y empezó así una era en que, hasta la desaparición de la URSS en 1991, el mundo vivió bajo un equilibrio nuclear salpicado de choques y guerras convencionales localizadas pero donde siempre existió la posibilidad de un choque directo que llevara a la mutua destrucción nuclear de las superpotencias e incluso del planeta.

Fue el temor a esa destrucción colectiva lo que evitó una nueva guerra mundial, pero la alternativa fue el estallido de guerras civiles e internacionales entre los aliados de los dos gigantes militares o entre uno de esos gigantes y los aliados del otro. Esas guerras limitadas ocurrieron en Asia, África, América Latina e incluso zonas de Europa, como fue el caso de Grecia. México intentó no ser un escenario más del gran conflicto, pero no pudo evitar verse afectado por las reverberaciones de la pugna soviético-americana.

#### EL ESCENARIO LATINOAMERICANO

La “Buena Vecindad” con su espíritu de cooperación interamericana y el compromiso de Washington de no volver a intervenir unilateralmente en la zona, simplemente no podía subsistir en un mundo donde Estados Unidos era uno de los dos polos del sistema mundial regido por las reglas de la política del poder. En realidad, incluso antes del fin de la Segunda Guerra Mundial Estados Unidos se vio tentado a actuar contra las reglas de la “Buena Vecindad” como resultado de un conflicto con Argentina, país donde dominaban las simpatías por el Eje. Finalmente Washington no actuó direc-

<sup>12</sup> El término “Guerra Fría” lo empleó por primera vez el financiero y millonario norteamericano, consejero de varios presidentes –de Woodrow Wilson a Harry S. Truman–, Bernard Baruch, en abril de 1947, en un discurso pronunciado en la legislatura de Carolina del Sur. A partir de entonces, los medios norteamericanos lo adoptaron para definir la relación de su país con la URSS.

tamente contra el régimen argentino, pero en 1954 lo haría contra un país geográficamente más cercano y políticamente más vulnerable: Guatemala. Ahí se comprobaría que el viejo espíritu intervencionista de Estados Unidos había vuelto por sus fueros.

En previsión del fin de la Segunda Guerra, tras la Conferencia de Yalta de los aliados, se convocó a una conferencia que preparaba el terreno en que se desarrollarían las relaciones de la posguerra entre Estados Unidos y los países latinoamericanos. Se trató de la Conferencia de Chapultepec, que tuvo lugar en México entre febrero y marzo de 1945. En Chapultepec debió quedar claro que el proyecto mexicano y latinoamericano de suponer un futuro enmarcado por una relación privilegiada entre Latinoamérica y la gran potencia del norte y sostenida por la cooperación económica, no tenía futuro.

En el proyecto nacional de México de la época, lo apropiado era aprovechar la coyuntura del surgimiento de un nuevo sistema internacional para institucionalizar la relación política con Estados Unidos con base en una cooperación económica entre la América desarrollada y la subdesarrollada, y que permitiera a esta última un proteccionismo que le abriera el camino a la industrialización. La imaginada modernización económica de los países al sur del Río Bravo los convertiría, se dijo, de meros proveedores de materias primas en países con economías complejas y, por ende, un mejor mercado para Estados Unidos. En teoría, este proceso iba a terminar por hacer del Hemisferio Occidental una zona de prosperidad y seguridad mutuas. Estados Unidos no se interesó y dejó en claro que prefería el modelo ortodoxo librecambista que tan bien le había funcionado.<sup>13</sup>

Oficialmente, la Conferencia de Chapultepec fue declarada un éxito, pero en realidad la reunión dejó en claro que Estados Unidos había rechazado el papel de dinamizador económico que se le ofrecía, pues sus intereses ya estaban centrados en Europa. La falta de sustancia de lo acordado en Chapultepec se interpretó en México como el final del espíritu de cooperación entre el norte y el sur de la región.<sup>14</sup> A la embajada norteamericana le preocupó que, entonces, el gobierno de México pudiera empeñarse en encabezar un movimiento para crear una unidad latinoamericana al margen de Estados Unidos, lo que sería contrario al proyecto norteamericano de mantener al continente bajo su liderazgo político.<sup>15</sup> Para el embaja-

<sup>13</sup> *The New York Times*, 21 y 25 de febrero de 1945.

<sup>14</sup> Edmundo Valdez García, *Tendencias sistemáticas de la política del comercio exterior de los Estados Unidos*, México, UNAM, 1948, p. 172.

<sup>15</sup> National Archives of Washington, Departamento de Estado, Asuntos Internos de México (de aquí en adelante NAW), 812.001/3-1545, embajador Messersmith a Secretario de Estado, 15 de marzo de 1945.

dor norteamericano en México, George Messersmith, la sola idea de una “unidad latinoamericana” era peligrosa y había que plantearlo así para desactivar en México la idea de un bloque latinoamericano al margen de Estados Unidos.<sup>16</sup>

#### EL ESCENARIO MEXICANO. ESTADOS UNIDOS Y LA IZQUIERDA DEL RÉGIMEN

El fin de la Segunda Guerra Mundial no sólo cambió la actitud de Estados Unidos hacia México y América Latina, sino que aquí también se tomaron iniciativas económicas que modificaron la relación entre la gran potencia y la región: la institucionalización del proteccionismo. Al concluir el conflicto, los dirigentes mexicanos consolidaron su proyecto de dejar atrás el empeño de modernizar el país vía el comercio exterior y, en cambio, pusieron en marcha uno que debería seguir hasta sus últimas consecuencias una lógica ya impuesta por la guerra: erigir una barrera arancelaria para alentar la industrialización teniendo como base el mercado interno.<sup>17</sup> En este esquema se invitaría al capital externo –el único disponible era el norteamericano– a instalar sus plantas en México, en asociación con mexicanos, para surtir una demanda interna –incipiente y en aumento– como, por ejemplo, ya lo hacía Westinghouse con Industria Eléctrica de México (IEM).<sup>18</sup> En esas condiciones, el acuerdo comercial México-Estados Unidos ya no tenía futuro.

Inicialmente el Departamento de Estado no aceptó el proyecto industrializador mexicano y fue muy explícito al rechazarlo: la buena relación requería que México y América Latina no crearan barreras al libre comercio. Desde la perspectiva norteamericana, había que aprovechar la existencia de una gran disputa en el interior del gobierno mexicano sobre el modelo económico a seguir y apoyar a la facción librecambista. Para la diplomacia estadounidense, el secretario de Hacienda, identificado con la izquierda, era la cabeza del grupo que deseaba seguir el camino de la industrialización protegida, en tanto que el propio presidente, el canciller y los secretarios de agricultura y economía, favorecían retornar

<sup>16</sup> NAW, 812.00/3-1545, carta del embajador a Nelson Rockefeller del Departamento de Estado, 15 de marzo de 1945.

<sup>17</sup> Un buen sumario y crítica de este proyecto y de sus razones se encuentra en Raymond Vernon, *El dilema del desarrollo económico de México*, México, Diana, 1966.

<sup>18</sup> *The New York Times*, 11 de septiembre y 29 de noviembre de 1945.

al esquema exportador previo a la guerra y en sintonía con los norteamericanos.<sup>19</sup>

Esta visión del gobierno mexicano como un campo de lucha entre la izquierda –vista por Washington como nacionalista, antiamericana y favorable a la empresa pública– y la derecha pro norteamericana, fue uno de los primeros efectos de la Guerra Fría en la construcción del marco de la relación México-Estados Unidos posterior a 1945. El otro sitio por donde saltó de manera clara el tema de la confrontación norteamericana con el comunismo en el frente mexicano, fue en la sucesión presidencial. La obsesión del embajador Messersmith fue impedir que quien ocupara la más importante institución política mexicana entre 1946 y 1952 fuera alguien que alentara a la izquierda mexicana.<sup>20</sup>

Los analistas norteamericanos consideraban que el proletario mexicano no tenía simpatías por la URSS.<sup>21</sup> Sin embargo, no perdían de vista que después de Estados Unidos, la potencia con mayor influencia en México era la URSS por la vía del Partido Comunista Mexicano (PCM) y de Lombardo Toledano, fundador de la CTM, del recién creado Partido Popular (PP) y dirigente de la Confederación de Trabajadores de América Latina (CTAL).<sup>22</sup>

Para la embajada norteamericana, Lombardo y su círculo eran por sí mismos un problema, pero mucho más importante era la actividad del ex presidente Lázaro Cárdenas, cuya influencia política seguía siendo considerable, sobre todo después de su renuncia como secretario de la Defensa –su razón para estar ahí era la guerra mundial y ésta había concluido–, pues en esa condición ya estaba libre para intervenir en la sucesión presidencial.<sup>23</sup> Y esa sucesión fue vista por los enviados de Washington como un enfrentamiento entre derecha e izquierda, es decir, entre las fuerzas favorables a la cooperación con Estados Unidos y las que se oponían. Desde esta perspectiva, la sucesión presidencial de 1946 determinaría por un buen tiempo la naturaleza del proceso político de México.<sup>24</sup>

<sup>19</sup> NAW, 812.24/2-1145, embajador Messersmith al Secretario de Estado, 11 de febrero de 1945; Departamento de Estado, *op. cit.*, pp. 1173-1174 y 1178-1187.

<sup>20</sup> En un despacho del 16 de marzo de 1945, de la embajada norteamericana a Washington, el embajador señala que Vicente Lombardo Toledano, el principal líder de la izquierda mexicana, mantiene una “ciega devoción” por la Unión Soviética. NAW, 812.00/3-1645.

<sup>21</sup> NAW, 812.00/1-1145, cónsul en Guadalajara al Departamento de Estado, 11 de enero de 1945.

<sup>22</sup> NAW, 812.00/3-2445, informe de la embajada norteamericana del 24 de marzo de 1945.

<sup>23</sup> NAW, 812.002/8-2345 CS/LE, embajada en México a John Carrigan del Departamento de Estado, 23 de agosto de 1945.

<sup>24</sup> NAW, 812.00/1-1246 y 812.00/2-2645, embajada en México al Departamento de Estado, 12 de enero y 26 de febrero de 1945.

## MIGUEL ALEMÁN: UN CANDIDATO BAJO SOSPECHA

Los representantes norteamericanos partieron del supuesto obvio de que las elecciones por venir iban a ser libres y equitativas sólo en apariencia. Posiblemente en México ya había un espíritu democrático, pero no las instituciones para hacerlo realidad. El canciller Ezequiel Padilla, según la embajada, estaba dispuesto a mantener una estrecha colaboración con Estados Unidos y podría tener de su lado a la mayoría del electorado, pero Miguel Alemán, el candidato oficial, contaba con lo fundamental: el apoyo de la maquinaria estatal.<sup>25</sup> Por eso, la embajada concluyó que el resultado de las elecciones estaba predeterminado.<sup>26</sup> En esas condiciones, el interés de Estados Unidos podría ser bien servido si realmente el sistema electoral mexicano reflejara la posición de la mayoría, pero ese no habría de ser el caso incluso si había protestas –se respiraba un “aire revolucionario”– y el candidato oficial sería declarado presidente.<sup>27</sup>

En un principio, la embajada temió que Cárdenas apoyara a un tercero más a la izquierda: al general Miguel Henríquez Guzmán. Cuando quedó claro que ese no sería el caso, la inquietud de los diplomáticos no se disipó, pues el apoyo de Cárdenas para Alemán despertó su desconfianza.<sup>28</sup>

En un largo documento del 8 de enero de 1945, el embajador Messersmith informaba que en la elección de 1946 el aún secretario de Relaciones Exteriores, Padilla, era elemento clave para continuar la buena relación con Estados Unidos, pero las fuerzas que se oponían a su candidatura eran poderosas y una de ellas era Cárdenas. El ex presidente, aceptó el diplomático, no era activamente antiamericano, pero sí extremadamente nacionalista y con una visión muy reducida de la problemática mundial, lo que, en la práctica, lo convertía en un obstáculo para la buena marcha de la relación México-Estados Unidos y para el progreso mismo de México. Ahora bien, el problema no era sólo Cárdenas sino los otros políticos asociados a él y que actuaban en las sombras. El embajador no identificó a esos otros, pero en otros documentos se quejó de personas como Lombardo, Eduardo Suárez, secretario de Hacienda, o Ramón Beteta, quienes aparentaban buena voluntad hacia Washington pero que en realidad estaban dispuestos

<sup>25</sup> NAW, 812.00/1-1246 y 812.00/4-2646, Messersmith al Departamento de Estado, 12 de enero y 26 de abril de 1945.

<sup>26</sup> NAW, 812.00/3-3046, 812.00/4-246, 812.00/7-146, 7-246 y 7-336, reportes de la embajada al Departamento de Estado, 30 de marzo, 2 de abril y 1, 2 y 3 de julio de 1946.

<sup>27</sup> NAW, 812.00/6-2746, Primer secretario de la embajada al Departamento de Estado, 27 de junio de 1946.

<sup>28</sup> NAW, 812.00/4-745, embajador Messersmith al Departamento de Estado, 7 de abril de 1945.

a “darnos una puñalada por la espalda”. Y lo peor era que no convenía a Washington involucrarse directamente en la contienda interna mexicana que tanto le interesaba, porque en la práctica eso le restaría simpatías al candidato que apoyara y terminaría por fortalecer a su oponente. Por ello, la salida menos mala era permanecer neutrales en público, pero en privado debían presionar para que, al menos, inversionistas norteamericanos como Bruno Pagliai o Sam Rosoff no siguieran apoyando económicamente a Alemán.<sup>29</sup>

En abril, el embajador norteamericano siguió sosteniendo ante sus superiores que el personaje ideal para hacerse cargo de la presidencia de México sería “un liberal convencido pero moderado, una persona capaz, con valor y entendimiento [...] pero fundamentalmente alguien que, como lo ha hecho el presidente Ávila Camacho, crea en la colaboración con nosotros [los norteamericanos] y tenga el valor de sostener esa convicción”.<sup>30</sup> Obviamente ese personaje era Ezequiel Padilla, que poco después renunció al gabinete para lanzarse de lleno a la contienda.

La plataforma política de Padilla fue aprobada de inmediato por la embajada estadounidense, que la definió como perfectamente centrista: apoyó a la empresa privada, a la pequeña propiedad rural y a la inversión externa además de pronunciarse en contra de los totalitarismos de izquierda y de derecha.<sup>31</sup> En diciembre de 1945, tras perder definitivamente la posibilidad de ser el candidato oficial, Padilla aceptó ser postulado por el Partido Democrático Mexicano y se propuso alcanzar su meta por una vía bastante improbable: la de las urnas. Por otro lado, la embajada norteamericana siempre tuvo cuidado de no hacer públicas sus simpatías por Padilla.<sup>32</sup> Fue por eso que cuando en la prensa norteamericana se afirmó que Washington prefería al ex canciller como presidente de México, la embajada en México lo consideró un “error monumental” que había que desmentir de inmediato, como efectivamente lo hizo.<sup>33</sup>

Alemán inició su búsqueda abierta de la presidencia sabiendo que tenía en contra a los diplomáticos norteamericanos. El embajador George S.

<sup>29</sup> NAW, 812.002/1-845 CS/LF y 812.00/1-1246, Messersmith al Departamento de Estado, 8 y 12 de enero de 1945.

<sup>30</sup> NAW, 812.00/4-845, embajador Messersmith a Nelson Rockefeller, 8 de abril de 1945.

<sup>31</sup> El documento de Padilla se publicó en *Excelsior*, 27 de septiembre de 1945; el análisis de la embajada está en NAW, 812.00/9-2745, embajada al Departamento de Estado, 4 de octubre de 1945.

<sup>32</sup> NAW, 812.00/3-2345, Memorándum de la Division of Mexican Affairs, 23 de marzo de 1945.

<sup>33</sup> *The New York Times*, 21 de mayo de 1945; NAW, 812.00/6-1445, embajador al Departamento de Estado, 14 de junio de 1945.

Messersmith definió a Alemán como un individuo de carácter débil, que sabía que debía mantener buenas relaciones con Estados Unidos, pero que a la larga podría significar el retorno del cardenismo.<sup>34</sup> Recordó que durante la guerra y en su calidad de secretario de Gobernación, el personaje había mostrado cierta simpatía por los alemanes y japoneses y, además, motivado por un “nacionalismo oportunista”, había obstaculizado la entrega de visas a hombres de negocios norteamericanos. Finalmente, el embajador consideró que si el secretario de Gobernación llegaba al poder, la corrupción en México sería “rampante”.<sup>35</sup> En eso Messersmith acertó plenamente.

En marzo de 1945, Alemán preguntó directamente a un funcionario de la embajada norteamericana a qué candidato presidencial apoyaría Washington en México. Con esa pregunta, el veracruzano consiguió que la embajada le asegurara que Estados Unidos no se iba a involucrar en el proceso, es decir, que no se apoyaría a Padilla.<sup>36</sup> Lo anterior no impidió que la embajada mantuviera su incomodidad por la “alianza no santa” entre Alemán, Cárdenas y Lombardo.<sup>37</sup> Quizá por eso, en agosto, Alemán hizo saber en dos ocasiones al embajador norteamericano que deseaba una entrevista con él “en un sitio discreto”. El embajador se resistió a encontrarse con el candidato e incluso interpretó su insistencia como una señal de que su candidatura iba mal y necesitaba del apoyo de Estados Unidos.<sup>38</sup>

La entrevista entre Alemán y Messersmith nunca cuajó, pero Washington aceptó que, aprovechando una ausencia de Messersmith, Guy W. Ray primer secretario de la embajada y entonces jefe de la misión, se viera con Alemán. Para entonces, el veracruzano ya había declarado públicamente su compromiso con la política de la Buena Vecindad.<sup>39</sup> El memorándum de la conversación redactado por Ray no tiene desperdicio. El candidato aseguró que él, cuando asumiera la presidencia, mantendría la política de cooperación con Estados Unidos seguida por Ávila Camacho. Además, Alemán se comprometió a que Lombardo y los suyos no tendrían lugar en su administración. En contrapartida, el veracruzano pedía a Washington no alentar a los empresarios norteamericanos a contribuir a la campaña de Padilla. Tras la entrevista, Ray concluyó que no había evidencias de que

<sup>34</sup> NAW, 812.00/1-1246, Messersmith al Departamento de Estado, 12 de enero de 1945.

<sup>35</sup> NAW, 812.00/6-645, 812.00/4-845 y 812.00/11-745, reporte de Carrigan del Departamento de Estado, del 6 de junio de 1945 y reportes del embajador Messersmith del 8 de abril y 7 de noviembre de 1945.

<sup>36</sup> NAW, 812.00/3-1645, embajada a Departamento de Estado, 16 de marzo de 1945.

<sup>37</sup> NAW, 812.00/6-1445, Messersmith a Departamento de Estado, 14 de junio de 1945.

<sup>38</sup> NAW, 812.00/8-2345, Messersmith a Departamento de Estado, 23 de agosto de 1945.

<sup>39</sup> *The New York Times*, 3 de agosto de 1945.

Alemán fuera “activa y fundamentalmente contrario a los intereses norteamericanos”, aunque seguía preocupando su cercanía con Lombardo, con el PCM y con la composición de su comité de campaña porque había ahí muchos cardenistas.<sup>40</sup>

A final de año, Ray tuvo otra entrevista ya con un “informante” cercano a Alemán y a Ramón Beteta. En esa ocasión, lo que aparentemente se buscó por parte de los alemanistas fue mantener informada a la embajada del desarrollo interno de la campaña electoral, pero con un sesgo: que Alemán luchaba contra la izquierda, a la que ya había marginado, y se aseguraba de que Ramón Beteta, su cercano colaborador, si bien había formado parte del gabinete de Cárdenas, en el nuevo gobierno se propusiera a ser el defensor de una política de cercanía con Estados Unidos.<sup>41</sup>

A mediados de 1946, el que Alemán fuera ya el inevitable sucesor de Ávila Camacho llevó a que Washington sustituyera a su representante en México, Messersmith –identificado con Ezequiel Padilla, el perdedor–, por alguien que podía empezar de cero a construir una buena relación con el nuevo presidente: Walter C. Thurston, un diplomático de carrera cuyo puesto anterior había sido Bolivia y que permanecería en México hasta finales la década de 1950. Todo un triunfo para Alemán.

En vísperas de las elecciones presidenciales, Padilla decidió jugar abiertamente la carta anticomunista para presionar a Estados Unidos en caso de que el ex canciller mostrara gran fuerza en las urnas. En un mitin del domingo 16 de junio 1946, Padilla se declaró abiertamente contrario al comunismo y a su nefasta influencia en México. En contrapartida, demandó de Estados Unidos que no fuera a dar su reconocimiento al siguiente presidente si éste llegaba al poder mediante el fraude.<sup>42</sup> Naturalmente, los alemanistas atacaron la pretensión de Padilla de querer hacer de Washington el garante de los procesos internos mexicanos.<sup>43</sup> Ya metido en esa dinámica, Padilla buscó y obtuvo una entrevista con el nuevo embajador norteamericano. La reunión tuvo lugar en la residencia del embajador. Ahí Padilla se definió a sí mismo y en este orden como un demócrata, un pro americano y un anticomunista. A cambio de asumir esa posición, el ex can-

<sup>40</sup> NAW, 812.00/9-2645, memorándum de conversación de Ray con Alemán, 26 de septiembre de 1945; NAW, 812.00/10-345, embajada a Departamento de Estado, 3 de octubre de 1945.

<sup>41</sup> NAW, 812.00/11-345, memorándum de conversación de Guy W. Ray, del 3 de noviembre de 1945.

<sup>42</sup> *Excelsior*, 17 de junio de 1946.

<sup>43</sup> Véanse, por ejemplo, las declaraciones de Lucio Mendieta y Núñez contra Padilla por pedir de esa manera la intervención norteamericana en asuntos mexicanos. *Excelsior*, 22 de junio de 1946.

ciller pidió al embajador que se hiciera saber explícitamente a Ávila Camacho que Washington no toleraría un fraude electoral en México, es decir, que Miguel Alemán no sería aceptado por la gran potencia si su elección no era realmente limpia. El argumento de Padilla era que una elección fraudulenta podría llevar a un levantamiento popular y que si, pese a ello, Estados Unidos insistía en aceptar el resultado oficial, entonces destruiría el sentimiento pro americano que había nacido en México durante la guerra, es decir, el sentimiento del cual Padilla se sentía arquitecto. Thurston escuchó pero no se comprometió a nada.<sup>44</sup> La decisión de Washington ya estaba tomada.

Para entonces hacía tiempo que el Departamento de Estado había decidido que su mejor opción era no intentar jugar un papel activo en el proceso mexicano y hacer pública esa posición.<sup>45</sup> En México, y a unos días de la elección, hasta la izquierda se congratuló públicamente de la decisión adoptada por el gobierno vecino.<sup>46</sup>

#### MIGUEL ALEMÁN: "MR. AMIGO"

El centro del proyecto sexenal de Miguel Alemán fue acelerar la industrialización de México por la vía de la protección y en beneficio de una burguesía mexicana con socios externos. El atraso relativo de México demandaba un papel activo del Estado en la economía y ese Estado requería de préstamos externos para desarrollar la infraestructura. Tales préstamos sólo podían provenir de Estados Unidos. Este proyecto se echó a andar de inmediato, pero para tener éxito debió superar las resistencias de unos Estados Unidos que insistían en hacer girar su relación económica con América Latina en un comercio libre y con inversiones privadas.<sup>47</sup>

Si finalmente Alemán impuso su visión y logró su aceptación y respaldo por parte de Washington, en parte se debió a que, tal y como lo habían asegurado él y los suyos, una vez que inició su gobierno, empezó la lucha contra el ala cardenista del partido de Estado —que pasó de PRM a PRI— y contra la izquierda en general y el Partido Comunista Mexicano (PCM) en particular.

<sup>44</sup> NAW, 812.00/6-1946, informe del embajador Thurston al Departamento de Estado, 19 de junio de 1946.

<sup>45</sup> NAW, 812.00/6-2546, memorándum de John Willard Carrigan, del Departamento de Estado, del 25 de junio de 1946; *The New York Times*, 28 de diciembre de 1945.

<sup>46</sup> *El Popular*, 20 de junio de 1946.

<sup>47</sup> La naturaleza del proyecto económico alemanista y sus diferencias con el norteamericano se encuentra bien desarrollado en Blanca Torres, *Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952. Hacia la utopía industrial*, México, El Colegio de México, 1984.

Y es que si alguien sabía cómo manejar los instrumentos de un régimen autoritario contra sus opositores, y que eso fuera notado por el Departamento de Estado, era el antiguo secretario de Gobernación.<sup>48</sup>

Apenas llevaba Alemán tres meses al frente de la política mexicana cuando, a inicios de marzo de 1947, tuvo lugar un hecho de gran importancia simbólica y una gran victoria de la política exterior alemanista: la primera visita de un presidente norteamericano a la Ciudad de México. Inmediatamente después de su viaje a México, Harry S. Truman anunciaría su “Doctrina Truman”, que, al dar ayuda a Grecia y Turquía, comprometía a Estados Unidos a auxiliar a los “pueblos libres” contra la subversión interna y la amenaza externa. El mundo quedaba así formalmente dividido en “libre” y comunista. Luego vendría el “Plan Marshall” para la reconstrucción de Europa Occidental en función de esa división bipolar del sistema internacional.

La visita de Truman a México fue cuidadosamente preparada para evitar que la izquierda se manifestara en su contra y el gobierno de Estados Unidos fue notificado de ello.<sup>49</sup> En México circularon hojas que advertían contra “tratados secretos” con Estados Unidos que buscaban la “conquista pacífica” de México por medios económicos, pero no tuvieron mayor efecto.<sup>50</sup> La prensa norteamericana, por su parte, retrató al país visitado como poseedor de un sistema tan democrático como el norteamericano y supuso que la visita cerraría definitivamente la herida abierta justamente un siglo atrás, cuando tuvo lugar la invasión norteamericana de México.<sup>51</sup>

El propósito del viaje de Truman a México no fue presentado al público en términos de asuntos concretos, sino como un gran gesto de “solidaridad”, de “amistad, camaradería y de buena voluntad” con México y con América Latina para reafirmar la vigencia de una política que, en realidad, ya no existía: la de la Buena Vecindad.<sup>52</sup> El discurso dominante llevó a que en México se pensara que la anunciada amistad podría concretarse en ayuda económica;<sup>53</sup> en consecuencia, la prensa mexicana se deshizo en bienvenidas y elogios.<sup>54</sup> La visita de huésped al monumento de los Niños Héroes fue un golpe perfecto de relaciones públicas para “borrar las dife-

<sup>48</sup> Frank R. Brandenburg, *The Making of Modern Mexico*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1972, pp. 100-107.

<sup>49</sup> *The New York Times*, 2 de marzo de 1947.

<sup>50</sup> Archivo Histórico Diplomático, Secretaría de Relaciones Exteriores (de aquí en adelante AHDSRE), III-5279-5, 25 de febrero de 1947.

<sup>51</sup> *The New York Times*, 4 de marzo de 1947.

<sup>52</sup> *The New York Times*, 3 de marzo de 1947; *Excelsior*, 1 y 3 de marzo de 1947.

<sup>53</sup> *Excelsior*, 2 de marzo de 1947.

<sup>54</sup> *Excelsior* y *El Universal*, 3 de marzo de 1947.

rencias del pasado”; Alemán aprovechó la emotiva ocasión para insistir en que “juntos hemos de vivir y juntos habremos de prosperar”, pues a Estados Unidos no le convenía pretender que podía prosperar en un continente donde el sur se debatía en la miseria.<sup>55</sup> Tras visitar Teotihuacan, Truman se declaró en “completo acuerdo” con su contraparte mexicana; eso fue posible porque, entre otras cosas, se acordó dejar fuera de la discusión los puntos difíciles.<sup>56</sup> Obviamente, Alemán respondió declarando a México completamente comprometido con los ideales de Truman.<sup>57</sup> Finalmente quedó sembrada la idea de que la visita de Alemán a Washington concretaría la “feliz comprensión” entre los dos pueblos.<sup>58</sup> *The New York Times* no dudó en calificar todo el evento como el inicio de una nueva era en las relaciones México-Estados Unidos.<sup>59</sup>

El viaje de reciprocidad de Alemán a Estados Unidos a finales de abril resultó tan espectacular como la de Truman a México. La propia prensa norteamericana describió la recepción del presidente mexicano como una de las más elaboradas que se hubieran dado a mandatario extranjero alguno, pues incluyó multitudes en las calles y una presentación ante el Congreso.<sup>60</sup> Lo que Washington buscó con ese recibimiento fue simbolizar lo cercano no sólo de su relación con México sino con América Latina y, de manera indirecta, con todo el mundo periférico. Obviamente, tanto Alemán como sus anfitriones presentaron a México como ejemplo de democracia.<sup>61</sup> Jugando ya con la división del mundo en dos bloques, Alemán insistió en lo democrático de su régimen y en la imposibilidad de una auténtica convivencia donde dominaba la tiranía.<sup>62</sup> Al recibir un doctorado de la Universidad de Kansas, el líder mexicano contrastó los valores de la libertad y la democracia frente a los que prevalecen en las tiranías. El anticomunismo discreto fue la marca del discurso mexicano.<sup>63</sup> A cambio de la identificación política con Estados Unidos, Alemán empezó a negociar con Washington apoyo para estabilizar el peso, financiar proyectos de infraestructura y aumentar el flujo de inversión privada norteamericana.<sup>64</sup>

<sup>55</sup> *El Universal, Excelsior*, 5 de marzo de 1947.

<sup>56</sup> *El Universal, Excelsior*, 6 de marzo de 1947.

<sup>57</sup> *The New York Times*, 7 de marzo de 1947.

<sup>58</sup> *Excelsior*, 7 de marzo de 1947.

<sup>59</sup> 9 de marzo de 1947.

<sup>60</sup> Con exageración, *The New York Times* calculó en un millón a la multitud reunida para recibir a Alemán, 3 y 4 de mayo de 1947.

<sup>61</sup> *The New York Times*, 30 de abril de 1947.

<sup>62</sup> *Excelsior*, 2 de mayo de 1947.

<sup>63</sup> *The New York Times*, 8 de mayo de 1947.

<sup>64</sup> NAW, 812.00 Alemán, Miguel/5-1347, primer secretario de la embajada en México a

El resultado de la avalancha de elogios mutuos entre los gobiernos de la Ciudad de México y Washington “ha disipado el amargo sabor [de la expropiación petrolera] de 1938”, dijo un banquero norteamericano, y, desde luego, apuntaló al peso mexicano.<sup>65</sup> La embajada estadounidense confió en que el efecto de la visita sería de largo plazo y en que podría alentar al resto de América Latina a seguir el patrón que acababa de dejar sentado México.<sup>66</sup>

A raíz de los preparativos en México por parte de la izquierda de un Congreso Continental por la Paz y la Democracia, a celebrarse en 1949, el embajador Walter C. Thourston se entrevistó con Alemán para advertirle de lo mal que se vería que los comunistas, apoyados por Cárdenas, usaran a México para sus propósitos propagandísticos. Alemán reaccionó con mesura: no era justo calificar a Cárdenas como anti americano y las actividades comunistas en México eran “un asunto relativamente insignificante”; el gobierno “podía controlar completamente” las actividades del PCM.<sup>67</sup> Poco después, al informar sobre arrestos de miembros de ese partido, la embajada, entusiasmada, aseguró que tal política era, ni más ni menos, que: “una demostración del éxito del gobierno de un solo partido en acción”.<sup>68</sup> Desde esta perspectiva, anticomunismo y autoritarismo eran funcionales uno para el otro, al menos en México.

En junio de 1950 estalló la guerra en Corea. En la ONU, México votó a favor de la resolución que permitió la acción militar de Estados Unidos y sus aliados en esa península para detener la “agresión comunista”. Sin embargo, la embajada norteamericana no quedó muy satisfecha con lo que consideró la ambigüedad de las declaraciones oficiales mexicanas, que no apoyaban con mayor firmeza la posición de Estados Unidos. Aceptó, no obstante, que quizá el antiamericanismo tradicional en el público mexicano impedía comprender que la URSS era el verdadero enemigo de México.<sup>69</sup> En momentos de gran tensión Este-Oeste, el anticomunismo discreto del gobierno mexicano no dejaba enteramente satisfecho a Washington, pero tampoco lo irritaba.

---

Departamento de Estado, 13 de mayo, 1947; *The New York Times*, 27 de abril de 1947; *Excelsior*, 29 de abril 29 y 3 de mayo de 1947; *El Universal*, 2 y 4 de mayo.

<sup>65</sup> *Excelsior*, 6 de mayo de 1947.

<sup>66</sup> NAW, 812.001 Alemán, Miguel/5-747, tercer secretario de la embajada americana al Departamento de Estado, 7 de mayo, 1947; 812.00/5-2247, primer secretario de la embajada a Departamento de Estado, 22 de mayo de 1947.

<sup>67</sup> NAW, 812.00B/12-248, embajador Thurston a Departamento de Estado, 2 de diciembre de 1948.

<sup>68</sup> NAW, 812.00/12-2349, informe del 23 de diciembre de 1949.

<sup>69</sup> NAW, 712.00/9-850 y 712.00/2-85, reportes de 1ª embajada al Departamento de Estado del 8 de septiembre de 1950 y 8 de febrero de 1951.

En fin, Alemán cumplió con lo medular de una política de Guerra Fría aceptable para Washington y, a fines de 1949, la embajada reportó con satisfacción que las acciones del gobierno, del PRI y de los sindicatos afines al gobierno contra los comunistas, estaban dando resultado.<sup>70</sup> De todas formas, Washington no se confió y montó su propio aparato para seguir de cerca no sólo a los diplomáticos de los países socialistas sino también las actividades del ex presidente Cárdenas, de Vicente Lombardo Toledano y de un buen número de personas –mexicanas y extranjeras–, a quienes había identificado como comunistas o simpatizantes de éstos.<sup>71</sup> Igualmente, la embajada, en lo que pudo, trató de influir en los formadores e intelectuales para alejarlos del comunismo,<sup>72</sup> aunque nunca se entusiasmó con los anticomunistas profesionales, como los sinarquistas, Acción Revolucionaria Mexicanista, Juventud Democrática Anticomunista, Comité Nacional Democrático para la Lucha contra el Comunismo, de Tomás Palomino Rojas, o el Frente Popular Anticomunista, de Jorge Prieto Laurens, a las que consideró con organizaciones con antecedentes fascistas o irrelevantes cuando no francamente oportunistas.<sup>73</sup>

La buena relación entre México y Estados Unidos tuvo entonces su expresión más concreta de sus alcances y límites, en el campo de la economía. Estados Unidos volcó su esfuerzo de ayuda económica oficial en Europa occidental por la vía del Plan Marshall; para América Latina la fuente principal de capital externo debería ser la empresa privada norteamericana. Sin embargo, en el caso mexicano hubo un cierto esfuerzo de Washington por dar una respuesta positiva a las demandas de préstamos oficiales. Por la vía del Banco Interamericano de Reconstrucción y Fomento, Estados Unidos otorgó créditos por 80.2 millones de dólares a empresas públicas y privadas mexicanas. La participación del Eximbank fue mayor, pues abrió líneas de crédito por 163.5 millones de dólares a veinte empresas e instituciones públicas y privadas de México.<sup>74</sup> Para 1951, México anunció que ya

<sup>70</sup> NAW, 812.00/12-949 y 812.00B/12-1649, embajada a Departamento de Estado, 9 y 16 de diciembre de 1949; 812.00/9-849, informe de la embajada del 8 de septiembre de 1949.

<sup>71</sup> Ejemplos de estas actividades se encuentran en: NAW, 812.00B/2-2349, cónsul en Monterrey, 23 de febrero de 1949, informa sobre los nombres y domicilio de los comunistas en Nuevo León; 81200 B/8-1048, 24 de agosto de 1948, informe detallado en torno a Lombardo Toledano; 812.00/11-948, 9 de noviembre de 1948, informe sobre las inclinaciones pro soviéticas del ex presidente Cárdenas.

<sup>72</sup> NAW, 812.00/8-2149, memorándum del 21 de agosto de 1949.

<sup>73</sup> NAW, 812.00/12-2948, 812.00/2-1649 y 812.00/5-449, reportes de la embajada del 29 de diciembre de 1948, 16 de febrero y 4 de mayo de 1949.

<sup>74</sup> Torres, *op. cit.*, pp. 184-185.

no buscaría nuevas líneas de crédito en Estados Unidos; con las que había conseguido era suficiente.<sup>75</sup>

La cooperación en el campo económico de Estados Unidos con México en el sexenio alemanista, con ser buena, tuvo límites. Como ya se señaló, Estados Unidos nunca aceptó plenamente el proyecto de la industrialización mexicana con sus ribetes de nacionalismo e interferencia estatal con las fuerzas del mercado. Sin embargo, en este campo Alemania mantuvo su posición original y simplemente se negó a dar marcha atrás al proyecto de levantar barreras al comercio para proteger el mercado interno; tampoco disminuyó los controles sobre la inversión externa como quería el National Foreign Trade Council. Washington insistió en que México liberalizara su política comercial de acuerdo a los lineamientos del GATT; como eso no se logró, en 1950 ambos países decidieron dar por concluido el acuerdo comercial suscrito durante la guerra. México justificó su posición aduciendo el desequilibrio sistemático en su balanza de pagos.<sup>76</sup> Como quiera que fuera, un estudio de Sanford Mosk sobre la economía mexicana, elaborado entonces, advirtió que el proyecto en el que se había embarcado México tenía un gran riesgo, pues si bien el país contaba con 22 millones de habitantes, sólo tenía verdadero poder de compra una cuarta parte, y ése era un mercado muy pobre para una industria. Otro viejo conocedor de México, Frank Tannenbaum, concordó con ese juicio: México no debía insistir en una industrialización que era inviable.<sup>77</sup> En México no se hizo caso de las objeciones norteamericanas y el proyecto siguió adelante, pues, después de todo, había un crecimiento notable del PIB.

Un desacuerdo entre ambas naciones, más ligado a la oposición norteamericana a la estatización —una variante del anticapitalismo, según la visión de Washington—, se dio en materia petrolera. Desde la perspectiva norteamericana, no se debía dar apoyo a ninguna empresa estatal petrolera en América Latina.<sup>78</sup> En el caso de México, Washington consideró que ya no debía persistir el empeño cardenista de sacar adelante su industria petrolera estatal, un ejemplo inaceptable de socialismo de Estado, y que,

<sup>75</sup> *The New York Times*, 11 de marzo de 1951.

<sup>76</sup> AHSRE, memorándum de la embajada mexicana en Washington a Departamento de Estado, III-993-1 (1ª parte), 3 de julio de 1947; FRUS, 1950, vol. II, *The United Nations, The Western Hemisphere*, memorándum de la oficina de *Mexican Affairs a la de International Trade Policy*, Departamento de Estado, pp. 939-942 y memorándum de la oficina de *North and West Coast Affairs al secretario asistente de Inter-American Affairs*, 5 de mayo de 1950, pp. 947-949; NAW, 812.131/7-1250, 12 de julio de 1950; *The New York Times*, 2 de febrero de 1949.

<sup>77</sup> Sanford A. Mosk, *Industrial Revolution in Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1950; *The New York Times*, 9 de julio de 1950.

<sup>78</sup> AHSRE, III-1025-2, Embajada Mexicana en Washington a Secretaría de Relaciones, 11 de diciembre de 1948.

además, esto mantenía abierto el agravio de la nacionalización de 1938.<sup>79</sup> Desde luego, las empresas petroleras afectadas en 1938, como la Standard Oil (N. J.) o la Gulf, hicieron saber al Departamento de Estado en 1948 que se oponían a que se diera cualquier ayuda en materia de petróleo a México.<sup>80</sup> Por ello, cuando PEMEX buscó un préstamo<sup>81</sup> para acelerar su programa de exploración, producción y refinación, en el Departamento de Estado se consideró que ese era el momento ideal para negar el préstamo e insistir en el retorno del capital privado. Sólo después de ese cambio de política se podría negociar un préstamo para ductos y refinerías.<sup>82</sup> México intentó neutralizar ese veto del Departamento de Estado argumentando que era del interés estratégico de Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría un aumento en las reservas petroleras del Hemisferio Occidental, aunque fueran de una empresa pública. El argumento fue considerado por el congreso en Washington, pero finalmente no tuvo fuerza suficiente.<sup>83</sup> Fue en esta situación que entre 1949 y 1951 México debió firmar 16 “contratos riesgo” para exploración y explotación con varias empresas norteamericanas independientes. Esos acuerdos fueron bien recibidos en Estados Unidos, pero le costaron a Alemán, entonces y después, la crítica abierta de los cardenistas, que si bien estaban dispuestos a que se pidieran préstamos y se exportara petróleo a Estados Unidos, se oponían rotundamente a que se readmitiera a ninguna empresa extranjera.<sup>84</sup> Al final, la contribución de los “contratos riesgo” a la producción mexicana fue marginal y PEMEX se mantuvo como la gran empresa estatal.

#### GUATEMALA O LA GUERRA FRÍA EN CASA DEL VECINO

En 1954, Washington, sin mucho recato, hizo a un lado el principio interamericano de la “no intervención” y organizó el derrocamiento del gobierno

<sup>79</sup> *The New York Times*, 1 de junio de 1949.

<sup>80</sup> FRUS, 1948, vol. IX, The Western Republics, memorándum de conversación del Chief of Petroleum, 8 de diciembre de 1948, pp. 612-616.

<sup>81</sup> El monto original era alto, 470 millones de dólares, pero luego bajó a 200. NAW, 812.00/4-549, informe del 5 de abril de 1949.

<sup>82</sup> Torres, *op. cit.*, pp. 206-207; NAW, 812.00/6-2849, memorándum del Departamento de Estado, 28 de junio de 1949.

<sup>83</sup> Torres, *op. cit.*, pp. 200-204; FRUS, 1948, vol. IX, Western Hemisphere, memorándum de conversación, Chief of Petroleum, 26 de noviembre de 1948, pp. 610-612; FRUS, vol. II, Western Hemisphere, 1950, memorándum del secretario de Estado al presidente, 23 de enero de 1950, pp. 937-939.

<sup>84</sup> Torres, *op. cit.*, pp. 210-215; *The New York Times*, 2 de enero de 1949; NAW, 812.00/8-1248, memorándum del embajador Thurston a Departamento de Estado, 12 de agosto de 1948.

nacionalista y reformista de Jacobo Árbenz, a quien acusó de tener ligas con los comunistas.<sup>85</sup> Esa acción colocó al sucesor de Alemán, al gobierno presidido por Adolfo Ruiz Cortines (1952-1958), en una situación muy incómoda, pues por un lado significó un ataque directo al principio central de la doctrina de política exterior mexicana –el de la no intervención– pero, por otro, era muy poco lo que México podía hacer para defenderlo más allá de los discursos dentro de la OEA.

En el entorno extra continental, el choque Este-Oeste en Corea había entrado en su fase final en 1952 y concluyó con el armisticio de 1953. Sin embargo, para entonces una nueva faceta de ese conflicto mundial surgió en el Hemisferio Occidental, justamente en la frontera sur de México: en Guatemala. El choque entre los gobiernos del país centroamericano y Washington tuvo, inevitablemente, implicaciones dentro de un sistema interamericano al que México ya veía con sospecha por estar transformándose de un mecanismo de cooperación en un instrumento de Washington en su política hemisférica.

En vísperas de las elecciones de 1952, en Washington no se tenía duda de que el triunfo oficial sería para el candidato del PRI, pero la diplomacia norteamericana veía dos problemas políticos en México. El primero era la falta de vigor, “la pasividad”, de la política anticomunista interna y externa. El segundo era “la falta de democracia”. Sin embargo, en ambos frentes se iba avanzando en relación al pasado inmediato, pues Ruiz Cortines, el candidato oficial, estaba más a la derecha que el presidente que salía, Alemán, el cardenismo iba perdiendo terreno y el pluralismo político era mayor que en el pasado.<sup>86</sup> Ruiz Cortines fue considerado aceptable por y para los intereses de Washington; por ello las acusaciones de fraude hechas por la oposición henriquista no tuvieron ningún eco en la prensa norteamericana o en los corredores del poder en Washington.<sup>87</sup> Pasadas las elecciones y tras asumir el poder, la embajada informó a Washington que Ruiz Cortines parecía comprometido con un combate a la

<sup>85</sup> La acusación la hizo, entre otros, Milton Eisenhower en un reporte oficial a su hermano, el presidente norteamericano, a fines de 1953; citado por Lars Schoultz, *Beneath the United States. A History of U.S. Policy Toward Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 1998, p. 397.

<sup>86</sup> NAW, 712.00/2-1252, Smith Simpson, primer secretario de la embajada en México al Departamento de Estado, 12 de febrero de 1952.

<sup>87</sup> Un análisis de la actitud de la prensa y del gobierno de Estados Unidos en relación a las acusaciones de fraude electoral se encuentra en Carlos José Romero Palacios Gutiérrez, “Tres fraudes electorales en México vistos por Estados Unidos: las elecciones presidenciales de 1929, 1940 y 1952”, tesis de licenciatura, México, El Colegio de México, 2008, pp. 87-116.

corrupción y su gabinete estaba conformado por personas con biografías aceptables.<sup>88</sup>

Ruiz Cortines asumió la presidencia en diciembre de 1952 en un ambiente de tensión evidente dentro de los círculos gobernantes, el cual era resultado del desafío que había significado la ruptura con el PRI del general Miguel Henríquez Guzmán y de la represión contra su movimiento.<sup>89</sup> La agenda política del nuevo presidente estaba centrada en los temas internos que, por otra parte, habían sido la materia prima de su carrera política. La relación con el exterior aparecía como asunto secundario y en buena medida como producto de los temas económicos, como correspondía al gran proyecto de la época: el “desarrollo estabilizador”. Por eso, la preocupación de la dirigencia mexicana en relación al mundo externo la conformaban temas como: el acceso al mercado norteamericano de las materias primas mexicanas (algodón, minerales, etc.), la renegociación del acuerdo de braceros, la política frente a la inversión externa –hasta qué punto se podía y debía proteger el capital nacional de la competencia del norteamericano– o la contratación de nuevos créditos en Estados Unidos para el gobierno mexicano.<sup>90</sup> Al final, México volvería a lograr ciertos éxitos en los temas financieros, pero no en su búsqueda de ventajas claras para sus exportaciones a Estados Unidos o para sus trabajadores en ese país.<sup>91</sup> Finalmente, Estados Unidos persistió en ver como un problema, menor desde luego, al nacionalismo económico mexicano, pues los argumentos en defensa de esa política le seguían sonando como un eco de aquellos esgrimidos por la izquierda.<sup>92</sup>

En los documentos preparatorios de la primera reunión de Ruiz Cortines con su contraparte norteamericana, Dwight Eisenhower, para inaugurar la Presa Falcón, en octubre de 1953, el secretario de Estado John Foster Dulles dejó en claro que Washington consideraba básicamente satisfactoria la relación con su vecino del sur y, también, que estaba consciente de que la izquierda tenía ahí poca fuerza, pero eso no impedía que le molestara que en 1952 México no hubiera aceptado un acuerdo militar con Estados

<sup>88</sup> NAW, 712.00/12-252 y 12-1052, Paul Culbertson, encargado de negocios a Departamento de Estado, 2 y 10 de diciembre de 1952.

<sup>89</sup> La magnitud y significado de la oposición encabezada por Henríquez Guzmán está examinada en la obra de Elisa Servín, *Ruptura y oposición: el movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001.

<sup>90</sup> Olga Pellicer de Brody y Esteban Mancilla, *Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1952-1960. El entendimiento con Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador*, México, El Colegio de México, 1978, pp. 15-79.

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 95.

<sup>92</sup> FRUS, 1955-1957, vol. VI, The American Republics, memorándum del encargado de negocios en México al Departamento de Estado, 27 de mayo de 1955, pp. 656-661.

Unidos y deseaba que hubiera ya una mayor conciencia anticomunista en el gobierno mexicano y menos preocupación por salvaguardar el principio de no intervención.<sup>93</sup>

Teniendo como fondo la ofensiva de Washington contra Guatemala, la x Reunión Interamericana se celebró en Caracas en abril de 1954. La reunión originalmente se concibió para plantear a Estados Unidos las propuestas económicas de América Latina, pero finalmente se convirtió en un foro para condenar “la intervención del comunismo en el hemisferio”. La representación mexicana, desde una posición minoritaria, dio una buena batalla para evitar que en nombre del anticomunismo se vulneraran los principios de autodeterminación y no intervención.<sup>94</sup> Pero esa posición debió equilibrarse en otros frentes para no hacer de la relación con Washington un problema más en la agenda mexicana.

Para contrarrestar la inevitable irritación de Washington por la reticencia a darle apoyo incondicional, la prensa mexicana –siempre vocera oficiosa del gobierno en esta materia– dejó en claro que la defensa de la no intervención de ninguna manera significaba que México se opusiera a que el propio pueblo guatemalteco le cerrara el camino a los supuestos planes de Moscú.<sup>95</sup> A mediados de año, la prensa norteamericana reportó con satisfacción que un asesor izquierdista y antiamericano de Ruiz Cortines, Narciso Bassols, había sido eliminado de su puesto en el gobierno.<sup>96</sup>

En junio de 1954, en vísperas de la caída del gobierno de Árbenz en Guatemala, el embajador norteamericano en México, Francis White, tuvo una entrevista con el presidente mexicano para discutir directamente el caso del país vecino del sur. De manera clara, White le señaló a Ruiz Cortines que era necesario poner fin a la penetración comunista en Guatemala y se quejó de la falta de apoyo de México a la posición norteamericana en Caracas. El presidente de México, según White, aseguró que su deseo era cooperar con Estados Unidos, que él no tenía a ningún comunista en su gobierno, que el PCM realmente no representaba ningún problema y que, si Estados Unidos quería, su gobierno podía arrestar “en cinco minutos” a los integrantes de una lista de veinte mexicanos que el embajador aseguró habían viajado a países socialistas, a pesar de que en su opinión no representaban ningún peligro político. Sin embargo, White no logró que Ruiz Cortines cambiara la oposición de su gobierno a una acción externa contra el gobierno guate-

<sup>93</sup> NAW, 712.11/10-1353, Dulles al presidente, 13 de octubre de 1953.

<sup>94</sup> *Ibid.*, pp. 97-110; Blanca Torres, *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, vol. VII: *De la guerra al mundo bipolar*, 2ª ed., México, Senado de la República, 2000, pp. 116-120.

<sup>95</sup> *El Universal*, 28 de junio de 1954.

<sup>96</sup> *The New York Times*, 17 de mayo y 9 de junio de 1954.

malteco.<sup>97</sup> Unos cuantos días después, el coronel Carlos Castillo Armas, con el apoyo norteamericano, invadiría Guatemala y se haría con el poder.

En septiembre, el secretario de Relaciones, y por encargo de Ruiz Cortines, le hizo saber personalmente al secretario de Estado, John Foster Dulles, que la posición de México en Caracas no debía interpretarse como una renuencia de México a respaldar el esfuerzo anticomunista norteamericano.<sup>98</sup> Para entonces ya era claro que el gobierno de Ruiz Cortines no se había solidarizado en lo absoluto con el derrocado Árbenz. En realidad, salvo por un documento de la CROC, una carta de solidaridad del general Lázaro Cárdenas y unas manifestaciones estudiantiles, México se mantuvo esencialmente al margen del conflicto guatemalteco, aunque el presidente del PRI, el partido de Estado, aprovechó la ocasión para manifestar su “repudio enérgico y solemne al comunismo” y exaltar las bondades de una alternativa: la mexicanidad.

La posición del gobierno mexicano en torno al “peligro comunista” la resumiría más tarde, en Estados Unidos, un viejo amigo de ese país: Ezequiel Padilla, aparentemente ya reconciliado con el régimen priista. Según Padilla, la mejor defensa contra el comunismo era una América Latina económicamente prospera.<sup>99</sup> Sin embargo, y hasta el anuncio de la Alianza para el Progreso en 1961, Washington realmente no se interesaría por explorar esa vía y, finalmente, nunca lo haría a fondo.

Resuelta en favor de Washington la crisis con Guatemala, la relación México-Estados Unidos entró en un periodo de relativa normalidad. De tarde en tarde la prensa norteamericana encomió las políticas del gobierno de Ruiz Cortines en contra de la izquierda mexicana.<sup>100</sup> En 1955, el embajador White informó a sus superiores que el comunismo en México no era una fuerza que tuviera mayor importancia, pero que Ruiz Cortines se había ya dado cuenta, tras la crisis guatemalteca, de que la política soviética era un peligro para México, aunque aún era necesario presionarlo para que tomara una actitud más agresiva frente a los representantes de la URSS y otros países socialistas acreditados en México.<sup>101</sup> Para *The New York Times*, la actitud del gobierno mexicano hacia sus comunistas era tan liberal como

<sup>97</sup> FRUS, 1952-1954, V. IV, The American Republics, memorándum de conversación de White, 3 de junio de 1954, pp. 1361-1367.

<sup>98</sup> FRUS, 1952-1954, V. IV, The American Republics, memorándum de conversación, 22 de septiembre de 1954, pp. 1367-1368.

<sup>99</sup> *The New York Times*, 17 de abril de 1956.

<sup>100</sup> Un ejemplo son los obstáculos que ponen a las actividades de Vicente Lombardo Toldano para organizar a los sindicatos latinoamericanos, *The New York Times*, 1 de mayo de 1955.

<sup>101</sup> FRUS, 1955-1957, V. VI, American Republics, carta del embajador White al presidente norteamericano, pp. 680-697.

la que dominaba en los países escandinavos, Italia o Francia.<sup>102</sup> Quizá para neutralizar un tanto esta crítica, México colaboró activamente en el control de los miembros del Partido Comunista de Estados Unidos que pasaban a territorio mexicano.<sup>103</sup> Para el embajador White, mientras el ex presidente Cárdenas se mantuviera activo en la escena política, sería muy difícil lograr que el gobierno de México adoptara las medidas fuertes contra el comunismo local que le gustarían a Washington.<sup>104</sup>

### CUBA O LOS EQUILIBRIOS DE ADOLFO LÓPEZ MATEOS

La presión que Washington ejerció sobre el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines para que se sometiera a la línea dictada en relación a Guatemala y a la política interamericana en general, palidecería frente a la que se empezó a gestar a partir de 1960. Justo entonces parecía que el proceso de desestalinización iniciado en 1956 y la visita del premier soviético Nikita Khrushchev a Estados Unidos en septiembre de 1959, abrían la oportunidad de inaugurar un periodo de mayor estabilidad en la relación entre las dos superpotencias nucleares.<sup>105</sup>

El conflicto entre Cuba y Washington empezó a escalar cuando éste último protestó formalmente en 1960 por las expropiaciones de propiedades norteamericanas llevadas a cabo por el gobierno revolucionario encabezado por Fidel Castro, que había llegado al poder al inicio del año anterior. En 1961 Cuba y Estados Unidos romperían relaciones diplomáticas y se inició un choque abierto entre los dos países que hasta el presente sigue sin resolverse. La consecuencia inmediata fue el intento norteamericano de repetir lo logrado en Guatemala –apoyar una invasión de contrarrevolucionarios cubanos para derrocar al régimen–, pero finalmente falló y dejó al nuevo régimen cubano más fuerte que antes. A partir de ese momento, Cuba se acercaría a la URSS para neutralizar la presión norteamericana. La ayuda militar y económica de los soviéticos a Cuba llevó a la peligrosa “crisis de los misiles” de octubre de 1962, cuando se estuvo al borde de un choque directo entre las dos superpotencias atómicas. Finalmente un acuerdo entre el presidente norteamericano John F. Kennedy y el premier soviético Nikita

<sup>102</sup> 22 de agosto de 1954.

<sup>103</sup> NAW, 812.181/10-2054, memorándum de conversación entre Henry F. Holland del Departamento de Estado con el embajador de México, Manuel Tello, 20 de octubre de 1954.

<sup>104</sup> FRUS, 1955-1957, V. VI, carta del embajador White al Departamento de Estado, 31 de mayo de 1956, pp. 720-722.

<sup>105</sup> John Lewis Gaddis, *The Cold War: A New History*, Nueva York, Penguin Books, 2007, pp. 68-72.

Khrushchev apagó la mecha del conflicto.<sup>106</sup> De cualquier forma, a partir de entonces la Guerra Fría quedó instalada de manera permanente en el Caribe, es decir, en la frontera marítima oriental de México. El gobierno mexicano se vio obligado a involucrarse más que en 1954 en una problemática internacional que hasta entonces había rehuido con éxito.

En 1960, el interés norteamericano en el vecino del sur, con quien compartía una frontera desmilitarizada de más de tres mil kilómetros, era, además de proteger sus crecientes intereses económicos, promover las oportunidades de la empresa privada en general para llevar a México lejos de las tentaciones nacionalistas y anticapitalistas (las expropiaciones de la época revolucionaria y las dos guerras mundiales habían reducido notablemente la importancia de las inversiones y el comercio europeos en México y la posición norteamericana en este campo era ya absolutamente dominante). Sin embargo, el interés inmediato fue seguir neutralizando la relativamente débil presencia soviética en México y eliminar cualquier posibilidad de un “contagio cubano”.<sup>107</sup> En relación a esto último, la energía de la diplomacia norteamericana se dirigió a lograr que el gobierno mexicano se comprometiera aún más a limitar la posibilidad de desarrollo de la izquierda local –desde el cardenismo hasta el PCM–, a que no obstaculizara la acción anticubana en la OEA, a que no se fomentara la mexicanización de empresas extranjeras y a que el gobierno de Adolfo López Mateos fuera demasiado lejos en su relación con los países no alineados.

Al final de los años cincuenta e inicio de los sesenta, el sistema autoritario mexicano estaba viviendo lo que más tarde se podría calificar como su momento cumbre, pero eso no impidió que afloraran algunas tensiones sociales con implicaciones políticas que eran también desafíos al control del PRI. En marzo de 1959, el gobierno había reprimido duramente al sindicato de trabajadores ferrocarrileros y destruido el desafío que le representaba un sindicalismo independiente y combativo, pero volvieron a brotar muestras de inconformidad en el sector rural y retos electorales en San Luis Potosí, por ejemplo. La nacionalización de la industria eléctrica en octubre de 1960 no significó ningún choque abierto con las empresas extranjeras, pero no fue bien visto por un Departamento de Estado que la interpretó, de nuevo, como una medida con tintes socialistas

<sup>106</sup> Aleksandr Fursenko y Thimoty Naftali, *One Hell of a Gamble: Khrushchev, Castro and Kennedy, 1958-1964*, Nueva York, Norton, 1997.

<sup>107</sup> La visión norteamericana en torno a la amenaza soviética en México en esta época se encuentra en una biografía de Winston Scott, el jefe de estación de la CIA de entonces; Jefferson Morley, *Our Man in Mexico: Winston Scott and the Hidden History of the CIA*, Lawrence, University Press of Kansas, 2008.

y una reafirmación del tan inconveniente nacionalismo revolucionario mexicano.<sup>108</sup>

En 1961 surgió en México el Movimiento de Liberación Nacional (MLN), que contó con el respaldo del ex presidente Lázaro Cárdenas; naturalmente eso preocupó a los norteamericanos, especialmente cuando para 1963 el MLN dijo contar con trescientos comités y medio millón de afiliados. El objetivo del MLN era dar forma a una izquierda moderada e independiente, pero nunca logró llegar muy lejos por los obstáculos que le crearon el gobierno y la derecha mexicana. Por otro lado, la agitación agraria llevó a que el viejo líder rebelde Rubén Jaramillo y su familia fueran asesinados por elementos del ejército; en la capital del país se reprimieron sin contemplación alguna las manifestaciones de izquierda en favor de una revolución cubana que trajo a la Guerra Fría a las puertas de México. Cuando tuvo lugar la “crisis de los misiles” en Cuba, López Mateos apoyó las decisiones del gobierno norteamericano sin enfrentar ya ninguna reacción interna de importancia. El cambio de administración en 1964 fue terso, pues el presidente que salía no tuvo mayor problema para designar como sucesor a su secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz, un político poblano sin carisma pero identificado con el ala conservadora y dura de su partido, lo que fue bien visto por el gobierno norteamericano.

Desde el inicio, López Mateos fue visto con sospecha por los diplomáticos y políticos norteamericanos. En agosto de 1958, el embajador de Estados Unidos, Robert C. Hill, ya había reportado a sus superiores que había propuesto al presidente electo intercambiar información sobre las actividades comunistas, pero que el líder mexicano no captó o pretendió no captar la insinuación y respondió sin comprometerse. En opinión del embajador, López Mateos era un político “reservado, cauteloso y reticente” que en materia internacional parecía seguir manteniendo una fuerte orientación hacia la izquierda, orientación indeseable en el presidente de un país importante de América Latina.<sup>109</sup> En vísperas de su toma de posesión, López Mateos se entrevistó con el influyente senador demócrata y futuro presidente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson. El senador, tras discutir la esencia del conflicto Este-Oeste y la necesidad de reafirmar la posición de América Latina con el “mundo libre”, salió con la impresión de que a López Mateos no le interesaban mucho los temas internacionales. Temía que en materia de política social y económica el nuevo mandatario pudiera

<sup>108</sup> El significado de la nacionalización de la industria eléctrica lo analizó bien Miguel Wionczek en *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*, México, Siglo XXI, 1967.

<sup>109</sup> Memorandos de conversación del embajador Hill, 4 y 18 de agosto de 1958, FRUS, 1958-1960, V. 5, American Republics, pp. 831-840.

seguir una línea de izquierda.<sup>110</sup> En suma, al llegar a la presidencia, López Mateos, antiguo vasconcelista y también ex secretario del Trabajo, iba a tener que tratar con Washington en circunstancias difíciles: las creadas por la Revolución Cubana, que agudizaban la sospechas de los norteamericanos hacia todo líder latinoamericano que no apoyara clara y abiertamente la línea de Washington. El campo de maniobra internacional de López Mateos iba a ser estrecho, pero él se esforzaría por ampliarlo.

A finales de 1960, la tensión entre La Habana y Washington iba en aumento. En febrero, el vice primer ministro soviético Anastas Mikoyan había visitado Cuba y había comprometido el apoyo económico de la URSS a ese país, y para julio Cuba había decretado la expropiación de las propiedades norteamericanas en la isla. Entonces, el anticomunismo coloreó todo el cristal con que Estados Unidos interpretó su relación con América Latina, justo como ya había sucedido con Guatemala en 1954.

En la VII Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA en San José de Costa Rica en agosto de 1960, México intentó de nuevo no ser arrastrado por las posiciones extremas; pidió prudencia y recurrió a su experiencia histórica: “No nos dejemos guiar por la impaciencia, como estuvieron a punto de hacerlo con México las repúblicas americanas en 1915”.<sup>111</sup> Como sea, en el acta final condenó la intervención o amenaza de intervención de potencias extra continentales—la referencia a los soviéticos era obvia— por poner en peligro la seguridad de la región.<sup>112</sup> Sin embargo, México explícitamente negó que, desde su perspectiva, esa condena tuviera dedicatoria para Cuba y señaló que, en todo caso, el problema en torno a la isla debería ser tratado en las Naciones Unidas y no en la OEA. Naturalmente, fue ésta una posición minoritaria y mal vista por Estados Unidos y sus incondicionales en América Latina, que eran la mayoría.<sup>113</sup>

Desde la perspectiva norteamericana, era inquietante que a año y medio de haber tomado posesión de su cargo, en julio de 1960, el presidente mexicano se declarara públicamente de “izquierda dentro de la constitución”. Esa preocupación no disminuyó cuando al mes siguiente las autoridades mexicanas declararan formalmente preso a uno de los más connotados artistas de izquierda: David Alfaro Siqueiros. Como la incomodidad de Washington persistió, Carlos Trouyet, uno de los banqueros

<sup>110</sup> FRUS, 1958-1960, V. 5, American Republics, Embajada norteamericana al Departamento de Estado, 26 de noviembre de 1958, pp. 850-852.

<sup>111</sup> Citado en Olga Pellicer, *México y la revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 1972, p. 25.

<sup>112</sup> *Ibid.*

<sup>113</sup> Gordon Connell-Smith, *The Interamerican System*, Londres, Oxford University Press, 1966, pp. 249-250.

mexicanos más importantes, fue a explicar a la embajada norteamericana que la declaración presidencial tenía una razón de ser que, en la práctica, beneficiaba a la posición norteamericana: arrebatar banderas a la izquierda local.<sup>114</sup> En Washington, los círculos encargados de la política hacia México no parecieron haber quedado satisfechos con esa explicación.

A finales de 1960, la embajada norteamericana llevó a cabo un análisis general de la situación política en México, el cual fue, a la vez, un juicio sobre su sistema político.<sup>115</sup> Ese análisis tenía un punto de partida: en México había un partido dominante —el PRI— que desde la perspectiva norteamericana podía clasificarse de izquierda. El sistema mexicano, que a veces se había equiparado con los totalitarismos comunistas o fascistas, no era tal, pues la política mexicana no está guiada por ninguna ideología sino por el pragmatismo. La mayoría de los miembros del PRI carecían de cualquier compromiso ideológico y su verdadero objetivo es simplemente mantener el ejercicio del poder y los privilegios que éste traía consigo.

La presidencia y el presidente eran el centro de una red de poder donde el Ejecutivo podía actuar sin contrapesos reales. Los gobernadores, el Poder Judicial y los miembros del congreso sólo se mantenían en su cargo en tanto el presidente lo permitía. La constitución misma le daba al jefe del Ejecutivo muchas facultades, pero su verdadera fuerza dimanaba menos de la constitución y más de la forma como controlaba a la clase política. Para empezar, estaba el ejército, donde dominaban generales que eran más políticos que militares y que sabían que “una sonrisa desde [la casa presidencial de] Los Pinos” era la llave que les podía abrir el camino a los puestos y actividades civiles que les permitirían enriquecerse sin límite. En la práctica, los 660 generales en activo eran otros tantos cuadros del presidente y del PRI. Eso, más delicados equilibrios dentro del ejército, hacían casi imposible suponer la posibilidad de un golpe militar en México. Al lado del control del ejército, el presidente tenía el control de la bolsa: el gobierno federal disponía del 80% de los impuestos; los gobernadores y las autoridades municipales dependían por entero de la buena voluntad presidencial para llevar a cabo sus proyectos y sobrevivir políticamente.

Por lo que hacía a la izquierda, seguía ligada a los mitos de la Revolución Mexicana, en tanto que la derecha buscaba alejar al país de tales mitos y acercar a las posiciones de la Iglesia Católica. A final de cuentas, los elementos importantes de esa izquierda y derecha actuaban dentro del marco del

<sup>114</sup> NAW, 712.00/7-2660, embajada norteamericana, análisis sobre la situación política y económica de México, 26 de julio de 1960.

<sup>115</sup> NAW, 712.00/11-2360, informe del ministro consejero Edward G. Cale, 23 de noviembre de 1960.

PRI. La izquierda priista se podía dividir en dos: la mayoritaria, que carecía de un compromiso ideológico, y una minoría que sí lo tenía y que giraba alrededor del ex presidente Cárdenas. Era importante notar, para Estados Unidos, que esa izquierda priista no estaba influida ni servía al PCM.

La derecha que importaba estaba ya cooptada por el gobierno y la formaban banqueros, industriales y los dueños de los medios de comunicación. En general, las grandes organizaciones empresariales –Concanaco, Concamin o la Asociación de Banqueros– seguían los lineamientos del gobierno; y cuando tenían conflictos con éste, los negociaban en privado. Los banqueros eran los que tenían la actitud más favorable hacia Estados Unidos y menos los industriales, que dependían mucho más de la protección del gobierno.

¿Cómo operaba esta estructura de poder frente a Estados Unidos y sus intereses? Era la realidad económica la que, en buena medida, determinaba esa relación. Por un lado, la presencia norteamericana era dominante dentro de la inversión externa directa (IED); pero, por otro, la IED apenas representa 10% de la inversión total en México. Sin embargo, eso no impedía que, en términos relativos, la dependencia económica de México respecto de su vecino del norte fuese notable. A las autoridades mexicanas les molestaba ese hecho, pero estaban conscientes de la imposibilidad de superarlo en el futuro previsible.

La embajada tenía clara conciencia de que las actividades norteamericanas, abiertas o encubiertas en contra de grupos mexicanos con simpatías por Cuba o por los países socialistas, no eran aceptables para el gobierno mexicano porque propiciaban las divisiones internas. Dentro de esa lógica, lo único que México realmente deseaba de Estados Unidos eran acciones de apoyo a la educación y a la economía, por ser políticas que combinaban el respeto a la soberanía con el ataque a las verdaderas causas de malestar social.

Desde la perspectiva de la embajada norteamericana, la estructura política mexicana de la época ya enfrentaba varios retos o problemas que, si no se atendían, podrían derivar en problemas para la política anticomunista de Estados Unidos. Entre ellos destacaban: el malestar y las movilizaciones de sectores campesinos y obreros que demandan un mejor trato; una agricultura sin dinamismo y atrasada; una estructura impositiva disfuncional; y, sobre todo, una gran corrupción pública que bajo la administración de Miguel Alemán (1946-1952) había superado los niveles del pasado. Mal manejados, estos problemas podían favorecer a la izquierda.

El embajador Hill estaba preocupado por las repercusiones que pudiera llegar a tener en un México con conflictos sociales el proceso revolucionario de la vecina Cuba. Según Hill, López Mateos parecía estar sometido

a dos tipos de presiones sobre cómo conducirse frente a Estados Unidos. Una parte de la clase política consideraba que la situación mexicana contaba con la estabilidad necesaria para permitir intentar una política externa relativamente independiente. En contraste, otra veía mayores problemas internos y aconsejaba alinearse abiertamente con Estados Unidos para contrarrestarlos. El embajador identificaba a la primera corriente con el grupo del ex presidente Ruíz Cortines y a la segunda con el del ex presidente Alemán. Al final, Hill opinó que finalmente prevalecería la segunda.<sup>116</sup> Sin embargo, la realidad no iba a ser tan simple: López Mateos intentaría ampliar el campo de independencia relativa de México, aunque no podría llegar tan lejos como hubiera deseado el ala más nacionalista del PRI.

Para 1961, y como resultado de la intensificación de las tensiones entre Cuba y Estados Unidos por un lado y de los efectos de la Guerra Fría en las relaciones entre el resto de los países latinoamericanos y Estados Unidos por el otro, la actitud de Washington hacia el gobierno mexicano se endureció. Y el encargado de hacer sentir esa dureza sería el nuevo embajador nombrado por el presidente John F. Kennedy, Thomas C. Mann.<sup>117</sup>

Al llegar a México en mayo, Mann trazó su proyecto y su plan de ruta. En primer lugar, se propuso dejar en claro al gobierno mexicano que el bienestar económico del país “depende de los Estados Unidos, del comercio con Estados Unidos, del turismo de Estados Unidos, de la inversión privada de Estados Unidos y de la ayuda de Estados Unidos”. En esas condiciones y por lo que se refería al problema del comunismo, la relación con Estados Unidos no era como con el resto de los otros asuntos bilaterales, pues implicaba la seguridad mexicana misma. Por tanto, el embajador decidió que había que hacer entender a México que Estados Unidos recompensaría sólo a quienes mostraran ser sus amigos. El gobierno de México “debe considerar el costo comparativo que [implicaba] el tener un enfrentamiento con la izquierda mexicana al que tendría el permanecer neutral [en la confrontación con Cuba] o llegar a una alianza con la izquierda en contra de Estados Unidos”. En suma, el gobierno de México debería tener claro que estaba en su interés apoyar lo que se resolviera en el seno de la OEA (es decir, el organismo regional que Estados Unidos dominaba por completo). El embajador pidió autorización a Washington para hacerle este planteamiento, que era casi un ultimátum, al secretario

<sup>116</sup> NAW, 712.11/8-1260, embajador Hill a Departamento de Estado, 12 de agosto de 1960.

<sup>117</sup> Thomas Clifton Mann fue embajador en El Salvador entre 1955 y 1957. El presidente Eisenhower lo nombró asistente del secretario de Estado para asuntos económicos primero e interamericanos después, y en 1961 el presidente John F. Kennedy lo nombró embajador en México, donde permanecería hasta finales de 1964.

de Relaciones Exteriores de México, aunque no por escrito sino de manera verbal.<sup>118</sup>

La posición propuesta por Mann fue asumida y respaldada por Washington.<sup>119</sup> En un análisis llevado a cabo dentro del Departamento de Estado se concluyó que el objetivo básico de López Mateos era claro: mantener el dominio del PRI a cualquier costo, como lo probaba la dureza con que se había reprimido a la oposición democrática en San Luis Potosí. Por otro lado, se asumía que los comunistas mexicanos, pese a ser una minoría, contaban con apoyos en las universidades e incluso entre sectores de clase alta y, si la oportunidad se presentaba, podían intentar derrocar al gobierno. En este contexto, la influencia del ex presidente Cárdenas y del cardenismo seguía siendo un factor peligroso en un medio ideológico donde dominaban las simpatías por el socialismo, el antiamericanismo y por la mexicanización de empresas privadas. Sin embargo, el talón de Aquiles de esas corrientes de izquierda era la debilidad de la economía y había que aprovecharlo.

El gobierno de López Mateos necesitaba mantener un crecimiento del PIB no inferior a 7%, pues cada año se debía sostener a un millón de nuevos mexicanos. En esas condiciones, México necesitaba el apoyo económico de Estados Unidos para hacer frente a su persistente déficit de balanza de pagos. Había que explotar esa debilidad para presionar a López Mateos y exigir a su gobierno una definición política y una protección adecuada para la empresa privada, tanto mexicana como norteamericana. En 1961, Washington tuvo lo que consideró una confirmación palpable de la debilidad del gobierno mexicano. En ese año hubo una fuga de capitales efectuada, sobre todo, por pequeños empresarios, temerosos por la atmósfera creada por el aumento de la influencia del castroismo y la política gubernamental de nacionalización del sector eléctrico.<sup>120</sup>

Washington estaba consciente de que en su relación con López Mateos podía contar con aliados internos poderosos. La clase alta mexicana se estaba organizando en contra de la izquierda bajo el liderazgo de los ex presidentes Miguel Alemán y Abelardo Rodríguez. Desafortunadamente, se

<sup>118</sup> NAW, 712.00/5-1461, mensaje del embajador Mann al Departamento de Estado, 14 de mayo, 1961.

<sup>119</sup> Declassified Documents Reference System (de aquí en adelante DDRS), document N° CK3100038689, "Summary memo on U.S.-Mexican relations, topics include: Communism; impact of Cuban Fiasco; neutralist position and continued support of U.S.; trade and balance of payments; loans; internal politics", Departamento de Estado, sin firma, 29 septiembre y 1 de octubre de 1961.

<sup>120</sup> NAW, embajada al Departamento de Estado, 29 de junio de 1961, 712.00/6-2961 y 3 de abril de 1962, 712.00/4-362. En este último documento se calcula la huida de capital en 125 millones de dólares, suma significativa para la época.

trataba de aliados poco decididos y cuyo anticomunismo no llegaba al punto de hacerles adoptar estrategias económicas de largo plazo ni a ser más activos respecto a diluir el caldo de cultivo que alimentaba a la izquierda: la agudización de problemas sociales; y, en cambio, sí eran muy buenos para aprovechar el impulso a la mexicanización para ganar espacios a costa de los inversores extranjeros.

Si se hace caso a lo expuesto por el biógrafo del jefe de estación de la Agencia Central de Inteligencia norteamericana (CIA) en México de 1958 a 1969, Winston Scott (oficialmente sólo era primer secretario de la embajada), López Mateos siempre colaboró de manera adecuada con Estados Unidos en la vigilancia de la izquierda mexicana –incluyendo al ex presidente Cárdenas– y de las embajadas del bloque socialista en México. Para el responsable en ese entonces de la CIA en México, nunca hubo duda de que el presidente mexicano era uno de los suyos –se le identificaba como colaborador con la clave *Litensor*– y hasta llegó a informar que se le tenía dentro de su lista de pagos, pretensión poco creíble, entre otras cosas, por lo ínfimo del monto que se aseguraba que se le entregaba.<sup>121</sup>

La preocupación norteamericana por el mantenimiento de la estabilidad mexicana ante un posible aumento de las presiones sociales nunca desapareció en el periodo. En 1961 el embajador Mann temía que el MLN estuviera ya no bajo la influencia de Cárdenas, sino de fuerzas realmente subversivas y que el PRI pudiera dividirse y surgiera de él una fuerza de derecha (ya existía el Frente Cívico) y una de izquierda radical. Este temor norteamericano fue explotado por el gobierno de México al insistir que el programa norteamericano recién creado para América Latina, la Alianza para el Progreso, debía contener no sólo préstamos sino también una política de largo plazo que mejorara de manera permanente los términos en su intercambio con el exterior, como una forma realmente efectiva de evitar estallidos revolucionarios.<sup>122</sup>

Posiblemente la percepción de la embajada norteamericana sobre lo delicado del equilibrio político en México jugó finalmente a favor del gobierno de López Mateos cuando éste se vio obligado a enfrentar nuevamen-

<sup>121</sup> Ann Goodpasture, asistente de Winston Scott, aseguró que la CIA entregaba a López Mateos 400 dólares mensuales, aunque quizá esa cantidad él se la pasaba a otros. Obviamente, en esa época el ocupante de la presidencia autoritaria mexicana tenía a su disposición cantidades ilimitadas de recursos y no necesitaba en lo absoluto la mensualidad de la CIA. Es posible que Scott justificara ante sus superiores como un supuesto pago a López Mateos, lo que, en realidad, iba a dar otra parte, Morley, *op. cit.*, pp. 90 ss.

<sup>122</sup> NAW, 712.00/2-261, embajada norteamericana a Departamento de Estado, 2 de febrero de 1961; 712.00/12-2661, embajador Mann al Departamento de Estado, 28 de diciembre de 1961.

te el problema cubano dentro de la OEA en la VIII Reunión de Consulta celebrada en Punta del Este, Uruguay. El objetivo de la reunión de la OEA era aplicar los términos del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca porque ya había una potencia extra continental –la URSS– que buscaba inmiscuirse en la región. Lo que México hizo entonces fue aceptar la posición mayoritaria –que seguía la línea norteamericana– en torno a la incompatibilidad de un régimen marxista leninista, como se autodefinía ya el cubano, con la pertenencia a la OEA –supuestamente formada por democracias representativas–, pero, a la vez, sostuvo que el principio de autodeterminación seguía vigente respecto de Cuba.<sup>123</sup> México buscó así quedar bien con Dios y con el diablo a la vez.

En octubre de 1962 se materializó uno de los grandes temores del gobierno mexicano: que surgiera un frente activo de la Guerra Fría en un punto geográfico cercano. La instalación en ese año de cohetes atómicos soviéticos en Cuba llevó a un choque entre las superpotencias que estuvo muy cerca de desembocar en una confrontación directa entre ellas.<sup>124</sup> En esa circunstancia, México ya no pudo mantener su equilibrio en el filo de la navaja.

Previo a la llamada “crisis de los misiles” de 1962, en junio los presidentes Kennedy y López Mateos tuvieron un encuentro en la capital mexicana. De atenernos a lo publicado entonces en ambos países, la reunión fue todo un éxito. La Ciudad de México dio un entusiasta recibimiento al presidente norteamericano y a su esposa; las autoridades se aseguraron de que una auténtica multitud estuviera presente en la recepción –se reportó que un millón de personas había salido a las calles para recibir a la pareja– y que no mostrara el menor signo de hostilidad hacia los visitantes. Kennedy fue a la Basílica de Guadalupe e inauguró una unidad habitacional a la que se le puso su nombre.<sup>125</sup> Nada trascendió entonces de las diferencias de los dos vecinos en el seno de la OEA en torno a Cuba o del malestar norteamericano por las nacionalizaciones, pero en cambio se subrayó el reconocimiento de Kennedy a los logros de la Revolución Mexicana porque, según el líder norteamericano, ésta, a diferencia de la cubana, estaba inspirada en la búsqueda de la justicia social dentro de un marco de libertades y coincidía plenamente con los objetivos de la Alianza para el Progreso. La reforma agraria, que en su momento había sido combatida por Washington, ahora resultaba ser la “mayor y mejor del continente”. Para cerrar con broche de oro, el

<sup>123</sup> Leticia Bobadilla, *México y la OEA: los debates diplomáticos, 1959-1964*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2006, pp. 120-121, 140-143; Pellicer, *op. cit.*, p. 30.

<sup>124</sup> Véase nota 24.

<sup>125</sup> Sergio Aguayo, *El panteón de los mitos. Estados Unidos y el nacionalismo mexicano*, México, Grijalbo, 1998, pp. 142-143.

gobierno de Estados Unidos aceptó otorgar al mexicano un crédito por 20 millones de dólares y poner fin definitivo a la disputa por “El Chamizal” devolviendo ese territorio fronterizo a México. Para *The New York Times*, esta visita a México había sido un triunfo personal del presidente norteamericano.<sup>126</sup>

La imagen pública de total concordia entre los dos países vecinos más o menos tuvo éxito en ocultar una realidad menos armoniosa, de tensiones cuya naturaleza quedó muy bien resumida en los varios documentos que el Departamento de Estado preparó para el presidente Kennedy en vísperas del viaje a México. Según estos análisis, sólo la presión de Estados Unidos había impedido un viraje del PRI a la izquierda como efecto del impacto de la Revolución Cubana. Sin embargo, dentro del PRI, tanto la izquierda (Cárdenas) como la derecha (Alemán y Abelardo Rodríguez) seguían disputando la primacía y ambos afilaban en ese momento sus armas en vísperas de la selección del candidato oficial para la elección presidencial de 1964. López Mateos mismo fue juzgado como un ejecutivo “débil e inefectivo” y que seguía enfrentando un descontento social en ascenso. En materia de política exterior –Cuba, el desarme y en cuanto al movimiento de países no alineados–, México continuaba empeñado en mantener cierta distancia respecto de Estados Unidos para no aparecer supeditado a la línea de Washington. Y en relación al asunto más delicado, el caso cubano, López Mateos parecía esperanzado en que el problema “se resolviera por sí mismo” para no verse obligado a definirse.<sup>127</sup>

Desafortunadamente para el gobierno de México, el problema cubano se agravó exponencialmente tres meses después de la visita de Kennedy. López Mateos, sorprendido en un viaje a Asia, se vio forzado a definirse, a sumarse al resto de los países latinoamericanos y a dar un apoyo sin reservas a la decisión norteamericana de decretar un bloqueo naval a la isla y exigir el retiro inmediato de los misiles soviéticos. Finalmente todos los involucrados corrieron con suerte, incluido México; los misiles salieron de Cuba y la sangre no llegó a río. La guerra atómica no estalló. El gobierno de Washington se manifestó satisfecho de que en la crisis México lo había apoyado formalmente. Por otra parte, Estados Unidos también aceptó que no convenía a los intereses de los gobiernos de México o del norteamerica-

<sup>126</sup> Editorial de *Excelsior*, 30 de junio de 1962; *El Universal*, 1 de julio de 1962; *The New York Times*, 24 de junio, 1 y 2 de julio de 1962.

<sup>127</sup> DRS, Departamento de Estado, Talking paper for President’s visit to Mexico, 25 de julio de 1961, CK3100173132; Scope paper for President’s trip to Mexico, 22 de junio de 1962, CK3100173113; Briefing cable for President John F. Kennedy’s Mexican visit regarding Communist political activity in Mexico, 23 de junio de 1962, CK3100173131.

no provocar un mayor debate dentro de México sobre el tema cubano, sino al contrario, mantener el tema con un perfil bajo.<sup>128</sup>

En las postrimerías del sexenio de López Mateos, en febrero de 1964, el presidente mexicano tuvo una última reunión con su contraparte norteamericana, esta vez Lyndon Johnson, en Palms Springs. En los documentos preparatorios de la reunión, el Departamento de Estado ya no señaló como parte de la agenda bilateral, temas relacionados con Cuba, con la orientación ideológica del gobierno mexicano o con las actividades de la izquierda o los comunistas en México, sino algo ajeno a la Guerra Fría y muy propio de la relación bilateral normal: la salinidad del agua del Río Colorado que se entregaba a México. Por lo demás, calificó la relación México-Estados Unidos en los tres últimos años como “la mejor de nuestra historia”.<sup>129</sup> Durante la reunión, y de acuerdo con un documento del Departamento de Estado, Johnson simplemente reafirmó su convicción de que México estaría del lado de Washington en cualquier situación difícil y López Mateos, por su parte, aplaudió la labor de la Alianza para el Progreso aunque se permitió criticar la lentitud con que avanzaba su implementación.<sup>130</sup> Al final, la prensa norteamericana se mostró un tanto desilusionada porque el presidente de México no había manifestado mayor vehemencia al señalar sus coincidencias con Washington, pero nada más.<sup>131</sup>

En julio de 1964, cuando el problema de la sucesión presidencial en México ya se había resuelto en favor de la línea dura, es decir, del secretario de Gobernación, Gustavo Díaz Ordaz –un personaje que en los círculos gubernamentales norteamericanos ya tenía fama de conservador, de administrador “impresionante” y del que se esperaba que mejorara la relación bilateral<sup>132</sup>–, tuvo lugar en Washington la IX Reunión de Consulta para considerar las acusaciones de Venezuela contra Cuba por haber apoyado a los movimientos revolucionarios en su país. La mayoría de los países miembros aprobó el bloqueo económico de Cuba y la ruptura de relaciones diplomáticas con el gobierno de Fidel Castro. Sin embargo, López Mateos se pudo dar un último lujo: argumentar en contra de la legalidad de las decisiones mayoritarias impulsadas por Estados Unidos y sostuvo, en cambio, el derecho de México a mantener sus relaciones diplomáticas con Cuba, cosa

<sup>128</sup> NAW, embajada norteamericana al Departamento de Estado, 26 de octubre de 1962, 712.00(w)/10-2662.

<sup>129</sup> FRUS, 1964-1968, vol. xxxi, South and Central America; México, memorándum del secretario de Estado al presidente, 22 de junio de 1964, pp. 740-741.

<sup>130</sup> *Id.*, memorándum de conversación, pp. 735-738.

<sup>131</sup> Las opiniones negativas de tres diarios norteamericanos fueron recogidas y comentadas en *El Universal*, 25 de febrero de 1964.

<sup>132</sup> *The New York Times*, 10 de noviembre de 1963.

que ningún otro país latinoamericano hizo, e incluso afirmó que, de ser necesario, la legalidad de su posición podía discutirse en el seno de la Corte Internacional de La Haya.<sup>133</sup> Ahora bien, esa posición desafiante de México tuvo límites al pasar del plano jurídico al sustantivo, pues en los hechos México se sumó al bloqueo económico demandado por Washington y los vuelos México-La Habana fueron rigurosamente vigilados tanto por los servicios de inteligencia mexicanos como por los norteamericanos. Contrastando con las manifestaciones de independencia dentro de la OEA, la CIA confirmó que “el gobierno [mexicano] es en el fondo prooccidental, amistoso hacia Estados Unidos y está plenamente consciente de que sus intereses económicos y políticos están ligados con este país”.<sup>134</sup>

Por lo que hace a la relación con el grupo de los no alineados –ese grupo de países del Tercer Mundo que buscaban una posición de neutralidad frente a la Guerra Fría de las dos superpotencias y que por ello era mal visto por unos Estados Unidos a los que no gustaban las indefiniciones–, México no se adhirió a ese grupo, pero tampoco lo rechazó, sino que mantuvo una relación de afinidad. López Mateos efectuó viajes oficiales a 16 países, tres de ellos fueron a los líderes de los no alineados: India, Indonesia y Yugoslavia, cuyos jefes de Estado, Nehru, Tito y Sukarno, le correspondieron visitando México. Además, López Mateos viajó a Francia y recibió al general Charles de Gaulle, que simbolizaba, dentro del grupo de las grandes potencias de Occidente, la posibilidad de una política independiente de la norteamericana, es decir, un modelo para México. López Mateos no se aventuró a una visita de Estado a la URSS, pero en cambio recibió al vice primer ministro soviético Anastas Mikoyan y aceptó montar una gran exposición de productos soviéticos en la Ciudad de México. De esta manera indirecta, el gobierno mexicano encontró una arena para manifestar su independencia relativa frente a Estados Unidos.

## CONCLUSIONES

Vista desde la orilla sur del Río Bravo, hubo un tiempo en que la dinámica de la relación entre México y su poderoso vecino del norte se podía entender dentro del marco del nacionalismo y del antiimperialismo; ese fue el tiempo de la Revolución Mexicana, es decir, hasta fines de la década-

<sup>133</sup> Bobadilla, *op. cit.*, pp. 206-245; Pellicer, *op. cit.*, p. 46; Mario Ojeda, *México y Cuba revolucionaria: cincuenta años de relaciones*, México, El Colegio de México, 2008, p. 13.

<sup>134</sup> Cita tomada de Aguayo, *op. cit.*, p. 144.

da de 1930.<sup>135</sup> A partir de la Segunda Guerra Mundial y de la alianza con Washington durante la misma, las élites políticas y económicas mexicanas encontraron más apropiado evitar el choque directo y buscar acuerdos entre sus intereses y los del gobierno norteamericano pero sin abandonar del todo la idea de preservar e incluso hacer ostensible la independencia relativa que México había ganado a lo largo de los tres decenios de enfrentamientos entre el nacionalismo revolucionario y los gobiernos de Estados Unidos y de ciertas potencias europeas.

El proceso para llevar a cabo el cambio de gobierno en 1946 en México coincidió con el final de la Segunda Guerra Mundial y los inicios de la siguiente, la Guerra Fría. El embajador norteamericano de la época mostró claras preferencias por el personaje que había forjado la alianza México-Estados Unidos durante el conflicto con el Eje: Ezequiel Padilla, pero Ávila Camacho –en realidad el sistema político de la época– logró imponer a Miguel Alemán a pesar de que éste no contó con las simpatías de Washington. Una vez en el poder, Alemán, como parte de su esfuerzo por ganarse la confianza norteamericana, decidió resaltando su contribución al viraje hacia la derecha el desarrollo político de México. Ese viraje fue facilitado por el despliegue de una actitud muy positiva, sin precedentes, de Washington hacia el gobierno mexicano.

El sucesor de Alemán, Adolfo Ruiz Cortines volvió a encontrarse con la desconfianza del gobierno norteamericano, aunque en menor grado que Alemán, porque lo vio como nacionalista y estatista. Fue entonces cuando la Guerra Fría acercó peligrosamente uno de sus frentes a la frontera con México. La hostilidad abierta de Estados Unidos hacia el gobierno reformista y nacionalista de Guatemala desembocó en una intervención solapada de la CIA y en el derrocamiento del gobierno de Jacobo Árbenz, lo que significó un golpe final a lo que quedaba de la política de “Buena Vecindad” y al principio interamericano de no intervención, eje de la política exterior de México.

La sucesión de Ruiz Cortines en 1958 llevó a la presidencia mexicana a otro personaje que la embajada norteamericana volvió a ver con suspicacia: Adolfo López Mateos; y por los mismos motivos que a sus antecesores: por su nacionalismo económico y por declararse de “izquierda dentro de la Constitución”. El triunfo de la revolución en Cuba en enero de 1959 casi

<sup>135</sup> La política exterior de la Revolución Mexicana cuenta con una amplia bibliografía. Una síntesis de su naturaleza en relación a Estados Unidos se encuentra en la segunda parte de Josefina Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, México, FCE, 2001. Una visión más detalla la ofrece Blanca Torres (coord.), *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, 2ª ed., vols. v al ix, México, Senado de la República, 2000.

coincidió con el ascenso de López Mateos al poder. El conflicto entre Cuba y Estados Unidos coloreó toda la política exterior de la administración lopezmateísta, pues lo obligó a desplegar una compleja política interna y externa para sostener la necesaria independencia relativa frente a Washington pero evitando un fatal choque frontal con los norteamericanos. En el plano interno, la relación de López Mateos con las diferentes fuerzas y actores fue marcada por la tensión ocasionada por el tema cubano. En el momento crítico de 1962, el gobierno de México se vio obligado a tomar abiertamente partido por Washington. Sin embargo, en 1964 recuperó parte del terreno perdido al preservar sus relaciones diplomáticas con La Habana en contra de la resolución aprobada por la OEA para aislar a Cuba. Finalmente, el ambiente de guerra fría que envolvió a México en esa época contribuyó para que López Mateos se inclinara por dejar la presidencia en manos de un político con fama de conservador: Gustavo Díaz Ordaz.

A diferencia de los tres presidentes anteriores, Díaz Ordaz ya no fue visto con recelo por Washington, pues desde el inicio tenía el perfil demandado por la política anticomunista norteamericana. Sin embargo, justamente por eso Díaz Ordaz tuvo menos incentivos que sus predecesores para mostrar flexibilidad en la dirección de la política interna; endureció el autoritarismo y terminó por llevarlo a una crisis de legitimidad en 1968 de la que ya no se recuperaría. Pero ahondar en ese tema escapa al objetivo de este trabajo, que no ha sido otro que explicar cómo surgieron y se cimentaron las pautas seguidas por México en su relación con Estados Unidos durante la Guerra Fría y algunas de sus repercusiones internas.

## BIBLIOGRAFÍA

### *Archivos*

Sistema de Referencia de Documentos Desclasificados (DDRS).

Archivos Nacionales de Estados Unidos en Washington, D. C. (NAW).

Archivo Histórico Diplomático, Secretaría de Relaciones Exteriores (AHDRE).

Archivo del Departamento de Estado, Relaciones Exteriores de los Estados Unidos (FRUS).

### *Publicaciones periódicas*

*El Popular* (Nogales).

*El Universal* (México).

*Excelsior* (México).

*The New York Times*.

*Libros, tesis y artículos*

- Aguayo, Sergio, *El panteón de los mitos. Estados Unidos y el nacionalismo mexicano*, México, Grijalbo, 1998.
- Bobadilla, Leticia, *México y la OEA: los debates diplomáticos, 1959-1964*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2006.
- Brandenburg, Frank R., *The Making of Modern Mexico*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall, 1972.
- Connell-Smith, Gordon, *The Interamerican System*, Londres, Oxford University Press, 1966.
- Cuéllar Ponce de León, Alfonso, *¿Qué fue y qué es el Escuadrón 201?*, México, ISSSTE, 1995.
- Fursenko, Aleksandr y Thimoty Naftali, *One Hell of a Gamble: Khrushchev, Castro and Kennedy, 1958-1964*, Nueva York, Norton, 1997.
- Gaddis, John Lewis, *The Cold War: A New History*, Nueva York, Penguin Books, 2007.
- García y Griego, Manuel, "The Bracero Policy Experiment: US-Mexican Responses to Mexican Labor Migration, 1942-1955", tesis doctoral, Los Angeles, University of California, 1988.
- Lane, Ann, "Introduction: The Cold War as History", en Lane y Klaus Larres (eds.), *The Cold War: The Essential Readings*, Malden, Mass., Blackwell, 2001.
- Meyer, Lorenzo, *Las raíces del nacionalismo petrolero en México*, México, Océano, 2009.
- Morley, Jefferson, *Our Man in Mexico: Winston Scott and the Hidden History of the CIA*, Lawrence, University Press of Kansas, 2008.
- Mosk, Sanford A., *Industrial Revolution in Mexico*, Berkeley, University of California Press, 1950.
- Ojeda, Mario, *Alcances y límites de la política exterior de México*, 2ª ed., México, El Colegio de México, 2001.
- , *México y Cuba revolucionaria: cincuenta años de relaciones*, México, El Colegio de México, 2008.
- Pellicer de Brody, Olga y Esteban Mancilla, *Historia de la Revolución Mexicana, período 1952-1960. El entendimiento con Estados Unidos y la gestación del desarrollo estabilizador*, México, El Colegio de México, 1978.
- Pellicer, Olga, *México y la revolución Cubana*, México, El Colegio de México, 1972.
- Plasencia, Enrique, "Las infanterías invisibles: mexicanos en la Segunda Guerra Mundial", *Historia Mexicana*, vol. 52, núm. 4, abril-junio de 2003, pp. 1031-1035.
- Romero Palacios Gutiérrez, Carlos José, "Tres fraudes electorales en México vistos por Estados Unidos: las elecciones presidenciales de 1929, 1940 y 1952", tesis de licenciatura, México, El Colegio de México, 2008.
- Schultz, Lars, *Beneath the United States. A History of U.S. Policy Toward Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 1998.
- Servín, Elisa, *Ruptura y oposición: el movimiento henriquista, 1945-1954*, México, Cal y Arena, 2001.
- Thomas, Hugh, *Cuba or the Pursuit of Freedom*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1971.

- Torres, Blanca, *Historia de la Revolución Mexicana, 1940-1952. Hacia la utopía industrial*, México, El Colegio de México, 1984.
- (coord.), *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, 2ª ed., vols. v al ix, México, Senado de la República, 2000.
- , *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*, vol. vii: *De la guerra al mundo bipolar*, 2ª ed., México, Senado de la República, 2000.
- Ulloa, Berta, *La revolución intervenida: relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos, 1910-1914*, México, El Colegio de México, 1971.
- Valdez García, Edmundo, *Tendencias sistemáticas de la política del comercio exterior de los Estados Unidos*, México, UNAM, 1948.
- Vázquez, Josefina y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-2000*, México, FCE, 2001.
- Vernon, Raymond, *El dilema del desarrollo económico de México*, México, Diana, 1966.
- Wionczek, Miguel, *El nacionalismo mexicano y la inversión extranjera*, México, Siglo XXI, 1967.